

HISTORIA DE UNOS CUANTOS
(Drama en diez momentos)

Personajes

JULIÁN

SEÑÁ RITA

FELIPE

MARI-PEPA

CANDELAS

JUAN JOSÉ

SERAFÍN

MOZO

SUSANA

ORGANILLERO

LOTERA

PICHI

FLORISTA

HÚSAR

GUARDIA

HOMBRE 1

HOMBRE 2

HOMBRE 3

VECINA

SUSY

FOTÓGRAFO

MARGOT

LA TRINI

LA MARLÉN

EL RANDA

EL CURDA

MOZO

A los componentes del Grupo de Teatro Barcense de Castilla la Vieja, que con tanto garbo y maestría representaron esta obra en el Barco de Ávila la noche del 24 de abril de 1982

MOMENTO PRIMERO

Año de 1898. En un barrio viejo de los madriles, una tarde calurosa de verano, un hombre joven duerme sobre un jergón. Reposa en calzoncillos sobre la cama en el sopor de la siesta. La luz terrible del sol castellano entra tamizada por la persiana que cubre un balcón. Es la habitación pobre de un menestral. De una percha cuelga la inevitable gorrilla de visera y las ropas de dril. Sobre la mesilla de noche campea el botijo. Junto a la pared, el palanganero y el jarro de agua. Sobre la mal pintada pared hay clavadas fotografías viejas de aquel tiempo. Fotografías que nos ayudan a revelar el mundo de su ocupante. Una de las fotografías muestra a «Pablo Iglesias, maestro del pueblo» (así reza en letras grandes debajo de la efigie del pronombre.) En la otra fotografía vemos a «Frascuelo» con su cara comida por la gran montera, que le llega hasta los ojos. Hay otro cartel que dice «la Chelito» y un letrero que dice: «los obreros del ramo de imprenta al mitin de Vallecas. Acudid todos». Entre la luz de la siesta, las moscas y los ronquidos del macho en paños menores, estos retratos y letreros adquieren especial expresividad. De la calle llega un rumor sordo, bordoneo de niños, y el lejano pregón de un hombre: «hoorchataaa fresquitaaa». Un pregón que se va alejando melancólicamente. Como un grifo fúnebre. El mozo que duerme se revuelve, se da manotazos para espantarse las moscas, jadea como un toro abrasado por el calor. De pronto empieza a sonar un organillo que rompe totalmente el sopor y la tragedia de la tarde. Lo que toca el organillo es la música de moda, aquello de «dónde vas con mantón de Manila / dónde vas con vestido chiné». El gachó de la cama se revuelve, se da otro papirotazo para espantarse las moscas. Al fin, se levanta en calzoncillos, coge el botijo y se echa un trago.

EL JULIÁN.— *(Todavía con el botijo en la mano va hasta el balcón y mira tras la persiana muy malhumorado.)* ¡La madre que me echó...! Como t'acerques pa aquí te empantano el botijo en la chola...! *(Vuelve a echarse otro trago del botijo. Lo deja sobre la mesilla de noche. Se vuelve a tumbar en la cama. Resopla de calor. Se pasa la mano por la frente. Se tumba, mete la cabeza debajo de la almohada. El organillo sigue ahora con aquello de «por ser la Virgen de la Paloma». Las piernas del JULIÁN patalean.)*

(De pronto una voz chillona de mujer llega desde la calle rasgada, autoritaria y absolutamente imperativa.)

VOZ DESDE FUERA.— ¡Juliaaaaán!... ¡Juliaaaaán!...

(Como impulsado por un resorte se levanta de la cama.)

JULIÁN.— *(Para sí. En tono de burla.)* ¿Qué tiees, madre...? *(Rascándose la pelota, se asoma al balcón.)* ¿Qué pasa, señá Rita...?

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.— ¡Que ya han pasao las burras e leche, guapo...!

JULIÁN.— *(Llevando un poco la persiana.)* Pues ¿qué hora es?

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.— La de ayer a estas horas, chatoo... Que digo que a ver si vas a empalmar el día con la noche, ¡amos digo yo...!

JULIÁN.— ¡Bueno, hombre, bueno; pero pa eso no hace falta escandalizar!

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.— *(Muy enfadada.)* ¡Pos si escandalizo es porque tú me haces escandalizar... Que se dice pronto, amos, las siete e la tarde y entoavía hecho una marmota el niño... ¡Amos que!...

(El JULIÁN, viendo que el escándalo va en progresión, se retira del balcón con un gesto de rabia y va al palanganero para refrescarse la cara y el pelo. Trata de no escuchar el sermonazo que la otra organiza en la calle. Sus palabras llegan nítidas porque se advierte que la habitación del JULIÁN está en un entresuelo, justo encima de la taberna de la «SEÑÁ RITA».)

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.— *(Que va subiendo y haciéndose elocuente como un discurso de Castelar.)* ... pos mía tú lo que a mí me importará u no me

importará que vaya u no vaya al taller. ¡Bástese que una se preocupe por los otros pa que la den una patá! ¡Conque si doy escándalo; pos doy el escándalo que tengo que dar, porque si el niño se queda en la cama sin ir al taller, pues eso, que le ponen en la calle! ¡Mía a mí qué me importará, pa lo que tengo ya pasao en este mundo, si ya sé que no voy a sacar na...! *(El JULIÁN sigue lavándose y tratando de no oír apretándose la toalla sobre los oídos.)* ¡Pos na..., en seguía la patá...!

VOZ DE UN HOMBRE.— ¡Qué te pasa, mujer?

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.— ¡Qué me va a pasar? Pos na. El gandul ese, que entoavía está en la cama y son las siete sonás, que...

(Se pierde el murmullo y se oye sólo un susurro. El JULIÁN se mira al espejillo y mueve la cabeza.)

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.— *(Que vuelve a hacerse perceptible.)* ¡... Si te parece, entoavía le daré alas...! *(El JULIÁN empieza a peinarse las guedejas y a arreglarse el bigote.)* *(La VOZ DE LA SEÑÁ RITA ha desaparecido y vuelve a brotar de pronto.)* ¡... Pos si a ti te da igual, a mí no me da igual! Pos güenos están los tiempos pa que se quede cesante...

VOZ DEL MARIDO DE LA SEÑÁ RITA.— ¡Oye, oye, oye!..., que si el chico es mayor de edad.

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.— *(Tapando a su marido.)* ¡Si es mayor de edad, como si es menor! A mí no me da la gana e consentir vagos, y lo que es ahora están de un vago subió tos los niños, que paecen de casa e Roschild y... *(Gritando desahogada.)* ¡Julián!... ¡Juliaaaaaaaaaán...!

(El JULIÁN, hecho una furia, va al balcón y grita.)

JULIÁN.— ¡Que ya vaaa!... ¡Que ya estoy despierto, leñeee...!

LA SEÑÁ RITA.— *(Asustada del vozarrón del JULIÁN.)* ¡Que no soy sordaaa!... ¡Pos vaya!

LA VOZ DEL SEÑOR TABERNERO.— ... Pos claro, mujer, la fija, el chaval se harta como cualquier mortal de...

(Los chillidos y los denuestos de la SEÑÁ RITA tapan ahora al marido y se hacen ininteligibles, destacando sólo

algunos adjetivos como «calzonazos», «que no vales pa na», «que a mí tú no me chillas», etc. No cabe la menor duda de que el calor tiene a todos soliviantados. En la tarde van creciendo las voces. Ahora se oye la de un parroquiano gritando: «Chicooo», otro que canturrea. Otro, que «Dos de clara con limón». Las voces van entrando en la habitación del JULIÁN, que sigue sentado, ahora en la cama, mareado de calor y sueño.)

JULIÁN.— ... ¡Dita sea la! ¡... Pa cuatro cochinas pesetas que gana uno, tener que aguantar tanto!... ¡Amos que!... tener que irse ahora uno pal taller a hacer turno e noche. ¡Dita sea la!... *(La toalla que estaba estrujando entre los dedos la tira con rabia contra el «maestro del pueblo Pablo Iglesias». De pronto se oye ahora la VOZ DE LA SEÑA RITA un tanto más amable.)*

VOZ DE LA SEÑA RITA.— Sí, hijo, sí, arriba está... Anda y a ver si ties tú más suerte que yo y le sacas de la piltra, que estoy viendo que hoy tampoco va a ir al taller.

(El JULIÁN va de nuevo hasta el balcón para atisbar al que viene.)

VOZ DE LA SEÑA RITA.— ¡Oye, Felipe!..., ¿y la Mari-Pepa? ¿No me dices na de ella?... *(Pausa.)* ¿Y entoavía no ha habío... acontecimientos?... *(Risa juvenil.)*

(El JULIÁN, muy pudoroso, ha ido hasta la percha, ha cogido los pantalones de dril azul y se los pone nervioso, y aún está abotonándose los cuando entra el FELIPE, su amigo, que es un muchacho más o menos de la misma edad que el JULIÁN, muy delgado, más chulo que él todavía. Viene en mangas de camisa y con alpargatas, fumando un cigarrillo.)

FELIPE.— *(Que ha abierto la puerta y se ha colado sin más en el cuarto del JULIÁN.)* ¡Julián...!

JULIÁN.— ¡Ele, Felipe!... Me pillas por chiripa, porque ya me largo...

FELIPE.— Ahora ties el turno e noche, ¿no?

JULIÁN.— (*Que ahora se viste una camisa.*) Dende el lunes pasao...

FELIPE.— (*Que se ha sentado en la cama.*) Pos ya no podrás ir de verbena, chavea...

JULIÁN.— (*Volviéndose casi furioso.*) ¡Ni ganas...! (*El FELIPE se ríe.*)

FELIPE.— Las verbenas ya s'han acabao pa nosotros...

JULIÁN.— ¿Es que tú también trabajas de noche?

FELIPE.— Ni de noche, ni de día...

JULIÁN.— ¿Estás parao?

FELIPE.— Por un estilo. Que he tenío la negra, Julián; amos que me ha venío to rodao...

JULIÁN.— (*Que se ha sentado en la cama con él.*) ¿Pos qué pasa? Aclárate, porque, como ahora nos vemos tan poco, me ties in albis, porque sucede que como durante too el día estoy dormío y por la noche metío en las cajas, pa ganar cuatro cochinas pesetas, eso...

FELIPE.— Cosas de la vía y na más, que cuando vien rodás, vien rodás... (*Y al decir esto, el FELIPE coge el paquete de cigarrillos del JULIÁN, que estaba en la mesita de noche, saca un cigarrillo y le ofrece otro al JULIÁN.*)

JULIÁN.— (*Luego de coger el paquete de tabaco propio y guardárselo delicadamente en el bolsillo.*) Pos si no me explicas, siendo como eres tan caro e ver; porque, amos, que pue decirse que dende que dejastes de ser célibe, amos quiero decir dende que tú y la Mari-Pepa sos pasasteis por la vicaría, que apenas hemos tenío tiempo de echar un cigarrillo. ¿O no?

FELIPE.— Pues ahí está. Y de ahí vie too, ni más, ni menos. Por eso mismamente ando con ganas de verte, Julianete, pa decirte primero y principal de too que no cometas una locura...

JULIÁN.— (*Que se está vistiendo la camisa como un torero allí en medio de la habitación.*) ¿Y de qué locura me hablas? (*Cayendo en seguida.*) Ah, güeno, ya caigo: te refieres al matrimonio...

FELIPE.— Natural...

JULIÁN.— U séase que lo tuyo con la Mari-Pepa no marcha. No me digas más. ¿Lo estás viendo, gachó, cómo al final tenías que darme a mí la razón? ¿Qué t'había dicho yo, Felipe? ¿Qué t'había dicho? Pos t'había dicho, ni más ni menos, lo que sigue: «Felipe, algún día vendrás a decirme: “ay, Julián, qué razón llevabas”»...

FELIPE.— (*Rabioso.*) Pos a eso he venío Julián, a decirte eso: «que qué razón llevabas»...

JULIÁN.— Pos ya está dicho...

FELIPE.— Y mía que yo no quería casarme, que tú lo sabes bien, Julianete, que el hijo e su madre no estaba pa eso; pero como ella m'atrapó, porque bien se pue decir que m'atrapó...

JULIÁN.— Y tú que te dejastes atrapar...

FELIPE.— Pero si yo..., si yo me revolví como un gato panza arriba, que to dios pue decirlo. Hay que ver los achares que yo la daba, según consejo tuyo, entre otros, que ca vez que me venía con las carantoñas del caso yo la volvía la jeta... ¡Amos, Julián, que no se pue decir que yo la diera tanto así pa llegar tan lejos! Si me vi en la vicaría, me vi como el ratón en la ratonera. ¡Amos que fue como despertar de una borrachera...!

JULIÁN.— (*Atusándose en el espejo las guías del bigote.*) Sí, sí... tanto con «la del manojo de rosas, la de la falda de céfiro y el vestido e percal...».

FELIPE.— Calla, Julián, calla. No te recrees entoavía en mi desgracia que mía que por mu hombre que sea, y el Felipe lo es, me pongo a llorar, Julián. O me pongo a llorar, o hago una barbaría...

JULIÁN.— (*Yendo hacia él y poniéndole una mano en el hombro.*) Güeno, hombre, güeno, si es que has venío pa desahogarte, te desahogas; pa eso soy yo un amigo, ¿no? Vergüenza no tien nunca los hombres pa contar sus penas delante un compañero, ¿no?

FELIPE.— (*Gimoteando.*) Pues ahí, va, Julián de mi alma, ahí va lo que hace meses he estao luchando pa expulsar de una vez: ¡que la Mari-Pepa m'ha salío rana, Julián!

JULIÁN.— ¿Cómo rana? ¿Rana en qué sentío? Amos quiero icir si es que ha habío, si ha habío... (*No sabe cómo explicarse y traza un signo «de cuernos» con la mano.*)

FELIPE.— No, hombre, no; eso tampoco, oye... Hubiá sío eso...

JULIÁN.— Pos entonces...

FELIPE.— Too lo contrario, Julián; pues ahí está la sorpresa; pues ahí está mismamente el veneno de las mujeres, que te salen por el lao que menos esperas. Yo creí que la Mari-Pepa tal como se producía, tú lo sabes bien, que la llamaban la Revoltosa porque tenía siempre alborotao el cotarro e la calle Ministriles, iba, después del matrimonio, a seguir siendo una «revoltosa», lo cual que pa prevenir antes que curar yo ya me había agenciao una vara e fresno, regalo sin ir más lejos del señor Candelas; conque...

JULIÁN.— Sigue, hombre, sigue, no te pares. (*El JULIÁN se está aplicando un trapo en los botines.*)

FELIPE.— Conque me vino a salir por el lao contrario. U séase, queriendo llevarme por el buen camino; amos quiero ici que tratándome como a un colegial y no dejándome ni resollar, pero amos, ni resollar. Respective a los monises, a darla el jornal a tocateja... ¡Julián, a tocateja!, con seis reales que gana uno subió al andamio, seis reales... Y no me deja siquía un real pa tomar un vaso y alternar con los amigos. Por ahí empezó. Luego, conque la limpieza; que si volvía de la obra con una mancha e cal, ¿y dime tú cómo iba a volver después de catorce horas de tajo?, pos a maltratarme de palabra. Luego, que me «cronometra», pero cronometrao me tie, que ni por Canseco, que sólo basta que me retrase dos minutos pa que me organice el alboroto en plena calle Ministriles y ser el hazmerreír del barrio... y...

JULIÁN.— Espera... (*Se asoma al balcón.*) ¡Señá Ritaaaaa...!

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.— ¡Me llamooo...!

JULIÁN.— ¿M'ha preparaó usté la tartera?

RITA.— ¡Anda..., pos hace un año que está ahí...!

JULIÁN.— ¿M'ha puesto usté una tortilla e dos güevos?

RITA.— ¡Te he puesto cuernos!..., a ver si bajas ya de una vez te vas al tajo, que estoy viendo que te va a amanecer. ¿Y el Felipe?

JULIÁN.— (*Volviendo hacia el FELIPE.*) Pos es el caso, Felipe, que tengo que irme al tajo ahora. Ya ves tú pa cuatro cochinas pesetas que gana uno...

FELIPE.— Espera que termine de contarte...

JULIÁN.— Me acompaña y...

FELIPE.— Espera... porque lo que pasa es que aquí aonde me ves, aquí aonde me ves..., que ya no vuelvo con la Mari Pepa...

JULIÁN.— (*Perplejo.*) ¿Qué dices, Felipe?

FELIPE.— ¡Lo que oyes! Que a mí no me toma por la mona el Retiro ni la Mari-Pepa ni san Mari-Pepa. Total, que un hombre tie su aguante y paciencia hasta que ya no pue más. Y el Felipe ha terminaó con la Mari-Pepa y que antes de volver con ella, fíjate lo que te digo, me tiro por el Viaducto. Pues así está la cuistión...

JULIÁN.— (*Que se ha vuelto a sentar y considera ahora ya la situación en firme.*) ... ¡Dita sea Dios! Pos no sería porque yo no te lo había pronosticaó...

FELIPE.— Pos eso; que cuando vie la disgracia es cuando uno se da cuenta de los verdaderos amigos...

JULIÁN.— U séase, que...

FELIPE.— U séase, que aquí me ties solo, sin un céntimo y a punto de irme al Viaducto pa tirarme. Choca esos cinco... (*Le ofrece la mano.*)

JULIÁN.— Güeno, güeno, güeno..., tampoco será de tanta urgencia el Viaducto...

FELIPE.— De urgencia no; pero que me precipito es más verdá que el Sol que nos alumbra...

JULIÁN.— (*Ofreciendo ahora otro cigarrillo al FELIPE.*) ¡Vaya, hombre, vaya, pues sí que me vies a dar ánimos...!

FELIPE.— ¿Ánimos? ¿Pa qué?

JULIÁN.— Calla, hombre, calla; que yo también vengo pasando unos días con la cuistión del casorio...

FELIPE.— Por eso venía yo, pa...

JULIÁN.— Que la Susana esa no me deja ni a sol ni a sombra dende el día aquel de la locura de la verbena...

FELIPE.— No me hables...

JULIÁN.— Pero es que ahora resulta que mi madre, u séase, la señá Rita, güeno, entre paréntesis, tú ya sabrás que la señá Rita es mi madre, ¿no?

FELIPE.— ¿No voy a saber? ¡Si eso lo sabe too el barrio...!

JULIÁN.— Pues eso, que la señá Rita, u séase, mi madre, ahora se la ha metío en la chola que me tengo que casar con la Susana. Con la Susana. Que si no quiero, que me lleva ella misma arrastro a la vicaría. Y yo, pues eso, que...

FELIPE.— Es que, hijo mío, dempués de armar la que armaste aquella noche e la verbena, lo que fue chasco es que al día siguiente no estuviais sacramentaos, amos, quiero decir uníos en santo matrimonio, porque vamos...

JULIÁN.— Ni vamos, ni venimos. Pasa que el Julián es un hombre ponderao, un hombre ponderao que le gusta pensar con la cabeza y pensar los pros y los contras... Tú me entiendes, ¿no?

FELIPE.— ¿Que si entiendo? Que me estás diciendo el catecismo del padre Ripalda...

JULIÁN.— (*Muy doctrinal.*) Porque el pecao de los españoles es ése: la falta e raciocinio. Mucho de esto (*Se da un gran golpetazo en el corazón.*) y poco de esto (*Se da un fuerte papirotazo en la frente.*) Ése es el pecao de

los españoles y así ha pasado lo que ha pasao en la isla e Cuba y en las Filipinas...

FELIPE.— (*Siguiéndole.*) ¡Y en la calle e Ministriles...!

JULIÁN.— Pos ya está. El Julián pue querer a la Susana como a la que más. ¿Estamos? Y el Julián es capaz de quitarse un bocao de la boca pa los demás, ¿estamos? Y el Julián hubiá sío capaz de clavar una puñalá en too el corazón del boticario y tos los boticarios del mundo pa defender su honor, ¿estamos?

FELIPE.— ¡Estamos...!

JULIÁN.— Y un hombre apasionao no se reprime como dice mu bien mi padrastro. Y al no reprimirse, pues eso, que salta como la sidra, ¿estamos?

FELIPE.— ¡Estamos! Y tú aquella noche saltastes que por poco inundas la página e sucesos de *La Correspondencia* y *El Imparcial*.

JULIÁN.— Pero como quiera que pa eso tenemos la cabeza, pa reprimrnos y no sólo peinarnos, pues luego viene el raciocinio.

FELIPE.— La fija el raciocinio que la Mari-Pepa no me reconoce...

JULIÁN.— (*Sentándose de nuevo como un catedrático sobre una silla coja y haciendo equilibrios para no caerse.*) Deja en paz a la Mari-Pepa, que no es ésa la cuistión. La cuistión está que uno tie que reprimirse y pensar con la cabeza, y por más que diga la señá Rita, o por mejor decir mi madre, pues hay que saber situarse con los pies pa abajo. Y resulta que el Julián es un honrao cajista, ¿de acuerdo?, que gana cuatro pesetas...

FELIPE.— ¿Pos y yo, que ganaba seis reales?

JULIÁN.— Espérate ahora. Y eso de que yo no debo na, como dicen, es un decir..., porque la señá Rita no sabe que mi padrastro, que es un santo que ya quisiá el mismo Pablo Iglesias, (*Se oye de nuevo la VOZ DE LA SEÑÁ RITA: ¡«Juliaaán...! Pero ¿será condenaooo?»*) me ha sacao de más de un apurillo, eso siendo uno soltero y con vicios menores, por así decirlo, porque menda, en quitando el vicio del tabaco, (*Saca el paquete y el guaja del FELIPE aprovecha para sacarle otro cigarrillo.*) una copa pa alternar, una noche e verbena y alguna corría e toros, pues eso: los mítines de Pablo Iglesias y alguna que otra juerguecita, como es natural...

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.— ¡Pero Juliaaán...!

JULIÁN.— (*Yendo hacia el balcón con enojo elegante.*) Pero ¿quie usted hacer el favor de callarse ya? ¿Quie usted dejarme que trate con un amigo de cosas importantes?

VOZ DE LA SEÑÁ RITA.— ¡Huuuuu...! ¡Cosas importantes!... ¿Has oído? ¡Cosas importaantees!

JULIÁN.— (*Volviendo.*) Pues ahí lo ties. Ahora dime, por mucho que diga la señá Rita, ¿tú crees que un hombre como yo, pue aventurarse a la vicaría con cuatro pesetas e jornal, corriendo los tiempos que corren, ahora que nos queamos sin colonias y mantenga usté mujer y los hijos que vinieren como han de venir, según la ley santa del matrimonio? ¡Que no, Felipe, que no...!

FELIPE.— Ay, Julián de mi alma, que de güena gana te daba un beso. Pues ahí está, ahí está lo mío y que daría un ojo e la cara porque la Mari-Pepa te escuchara. Tú con cuatro pesetas no pues hacer frente al matrimonio. ¿Qué voy a hacer yo, un pobre albañil que gana seis reales?

JULIÁN.— Pues ahí está. Que por muy santa que sea la Susana y la misma Mari-Pepa...

FELIPE.— Güeno, a la Mari-Pepa la vamos a dejar a un lao...

JULIÁN.— Hombre, quien dice la Mari-Pepa dice la otra y la de más allá. Quiero decir que por muy santas y mu apañás que sean y suponiendo que sepan hacer de una peseta dos, como vulgarmente se dice, un hombre no tie corazón pa imponer a la compañera e su vía un mal pasar creando un hogar, que no es un hogar, sino un nido e rencores y malos quererres...

(Dicho esto, el JULIÁN coge el botijo y se echa un buen trago, mientras el FELIPE se queda abobado. Terminado de beber, el JULIÁN pasa el botijo al FELIPE, que bebe también, y así sellan esta especie de brindis con agua pura de Lozoya.)

FELIPE.— (*Luego de beber.*) Si yo lo he dicho siempre. Como tú y Pablo Iglesias no hay nenguno. Por eso yo estaba sediento de abrirte mi corazón, ya que esa revoltosa no quie comprender a un hombre de bien. Y por eso, antes de tirarme por el viaducto, quería confesarme contigo, Julián... (*Le abraza emocionado y JULIÁN se conmueve.*)

JULIÁN.— (*Palmeando al FELIPE.*) Ya sabemos, amigo, que el celibato es una cosa dura y por algo Nuestro Señor se lo impuso a los curas. Pero dejando aparte la cuistión religiosa, que no tie na que ver contigo y conmigo, la verdá es que nosotros tenemos que mantenernos célibes, y ya que tú has dao un mal paso precipitao y sin reprimir.

FELIPE.— El paso lo dio ella, ella, que un servior...

JULIÁN.— Eso es lo de menos. El caso es que ahora ties que apechugar y ser hombre y el viaducto dejarlo pa otros...

FELIPE.— ¡Oye, oye, oye...!

JULIÁN.— U séase, que lo que ties que hacer es cumplir con tu obligación, hincar el pico y obedecer. Distinto sería que la Mari-Pepa te hubiá faltao...

FELIPE.— ¿Cómo que m'ha faltao? ¡Que m'ha sobrao...!

JULIÁN.— Tú lo que ties que hacer es buscar trabajo, y ahora mismo amos a ir a hablar con el santo e mi padrastró, que...

FELIPE.— Pero ¿ahora me sales con esas?

JULIÁN.— Te salgo con lo que tie que salir un hombre...

(En ese momento irrumpen violentamente en la habitación dos mujeres: la MARI-PEPA y la SEÑÁ RITA. La SEÑÁ RITA se cruza de brazos y muestra a la MARI-PEPA, que está en jarras, la escena de los dos compadres.)

LA SEÑÁ RITA.— Aquí los ties, de Congreso, arreglando España...

LA MARI-PEPA.— *(Quieta y muy tranquila, en jarras.)* ¿Han terminao ustés ya la sesión?

(Pausa. El FELIPE ha cambiado de lugar y se coloca al otro lado del JULIÁN para resguardarse. El JULIÁN expulsa el humo muy tranquilo.)

JULIÁN.— *(Rivalizando en tranquilidad con la MARI-PEPA.)* Estamos terminando si a usías no les importa...

MARI-PEPA.— U séase, que nos poemas sentar...

JULIÁN.— Natural. Pa eso está la antesala...

(La MARI-PEPA da un paso amenazador hacia el FELIPE que éste no deja de acusar.)

LA SEÑÁ RITA.— Pero es que, y ustés perdonen, señores deputaos, da la casualiá que usía *(Señala al JULIÁN.)* tie que hacer una diligencia...

JULIÁN.— Respective a esa diligencia...

(Se interrumpe porque la MARI-PEPA ha ido al FELIPE y le ha cogido por el brazo.)

MARI-PEPA.— ¡Y a éste lo están llamando a gritos...!

JULIÁN.— *(Un poco amenazador)* Bueno, sin avasallar, ¿eh?, sin avasallar...

MARI-PEPA.— *(Dando un beso al FELIPE con una ternura fría, inflamada de sorpresas.)* ¿Quién te avasalla a ti, rey de la casa? Si no pueo vivir sin ti... ¡Anda, anda!...

(Salen ambos por la puerta. La SEÑÁ RITA y el JULIÁN observan la salida con interés. Todo parece ir como una seda. Sólo al cabo de un rato se oye un ruido, unas voces confusas, algún grito femenino y luego la calma. La SEÑÁ RITA sonriente.)

LA SEÑÁ RITA.— ¿No sabes? La Mari-Pepa está «interesante».

JULIÁN.— ¿Qué dice?

LA SEÑÁ RITA.— Pues eso, que el Felipe va a ser padre...

JULIÁN.— *(Signándose.)* ¡Ave María Purísima...! ¡Pos ahora sí que está ya amarrao...!

LA SEÑÁ RITA.— Que el cielo no deja e proteger a los probes... Y tú, ¿qué?

JULIÁN.— *(Muy airado.)* ¡Yo...!

LA SEÑÁ RITA.— ¡Na!..., ¿que si te vas al tajo, o no te vas al tajo?...

JULIÁN.— Entoavía me sobra tiempo.

LA SEÑÁ RITA.— Lo digo porque abajo ties ya la tartera prepará... Y a ver si t'acuerdas, Julián, que...

JULIÁN.— *(Yendo hacia la puerta muy solemne.)* ¿De qué me tengo que acordar?... ¿De qué?

LA SEÑÁ RITA.— ¡De que ties madre, Julián...!

JULIÁN.— Ya lo sé, señá Ritaaa... *(La SEÑÁ RITA le mira fijamente, casi como embrujándole. Al punto de salir.)* ¡Ya lo séeee...!

MOMENTO SEGUNDO

Año de 1906. Antes de hacerse la luz se oye mucha jarana, risa, retozos de chiquillería y algunas coplas populares como la siguiente: «Una vieja subió al cielo, / ay, chibiri, chibiri, chibiri. / Una vieja subió al cielo, / ay chibiri, chibiri, chon. / Le pidió a San Pedro un duro, / ay chibiri, chibiri, chibiri. / Y San Pedro mu enfadao, / la mandó a comprar carburo, / ay, chibiri, chibiri, chon». Apenas extinguida esta copla suena la siguiente: «Por la calle abajito, abajito / ja, ja, ja va una gallina, / ¡ja, ja, ja!, / con el huevo en el culo / ja, ja, / la muy cochina / ja, ja». Y se ilumina la escena sobre un paraje campestre allá por la puerta de hierro al pie del vedado de la Real Casa de Campo. Es un día dominguero y esplendoroso de mayo. Familias menestrales han echado el día de campo y retozan por los prados. Hay columpios en los árboles, chiquillas jugando a la comba y chicuelos haciendo barrabasadas. Golfos y tunantes merodeando. Organilleros y vendedores de baratijas. Todo revuelto en una hermosa anarquía. Vemos acampados sobre unas piedras a una familia: la componen la MARI-PEPA, el FELIPE, un viejo canoso con aire pobre de San Bernardino, un tío gordo y bigotudo, una nube de chiquillos que corretea. El FELIPE sentado en la piedra –en mangas de camisa, la gorrilla sucia y ladeada– con un envoltorio en brazos que contiene un niño. Mientras tanto, la MARI-PEPA corretea alrededor con otras mozas haciendo burla de los hombres, mientras a unos metros humea la paella preparada para el condumio. La MARI-PEPA lleva la batuta conduciendo a las otras chicuelas que dan vueltas en corro donde está el FELIPE y los otros.

MARI-PEPA.— *(Cantando a coro con las otras.)* Ay, la, ay / lalalala. / Donde estemos las mujeres / los hombres no valen na. / Ay, la, ay la, ay la la ralala. / Donde estemos las mujeres, los hombres no valen na... *(Hablando ahora y rompiendo el corro.)* ¡Pero na, de na, de na...!

CHICA 1.— No valen ni pa hacer manteca... *(Dan un grito y sale cada una por su lado. La MARI-PEPA a dar una vuelta a la paella.)*

FELIPE.— *(Meciendo al crío.)* ¡Dita sea la!... Ya me lo habéis despertao a la criaturita..., ¿no teigo lo que hay?

MARI-PEPA.— *(Yendo hacia el FELIPE.)* ¿Aónde has puesto el escabeche?

FELIPE.— ¿Qué escabeche?

MARI-PEPA.— El escabeche...

FELIPE.— No sé de qué escabeche estás hablando... *(La MARI-PEPA remueve canastas y bultos que hay alrededor.)*

MARI-PEPA.— El escabeche pal arroz. ¿Qué habéis hecho del escabeche?

FELIPE.— ¡Y dale con el escabeche...!

EL SEÑOR JUAN JOSÉ.— *(Que es el viejo con aire de pobre de San Bernardino.)* Se lo habrá comío el gato..., ¡mía tú ésta...!

MARI-PEPA.— *(Encarándose con él.)* Sí, un gato e dos patas, agüelo, que yo los conozco mu bien...

FELIPE.— *(A la MARI-PEPA, casi agresivo.)* A mí no me mire usté, que en la cara no lo tengo...

MARI-PEPA.— *(Hecha una furia.)* Pero so desgraciao..., ¿no estás viendo que el chiquillo s'ha meao? Trae acá, que no vales pa na, pero pa na... *(El FELIPE entrega alborozado a la criatura.)* Mía cómo tie a la criatura...

(La MARI-PEPA, olvidada del escabeche, tiende al rorro sobre una manta y procede a cambiarle los pañales. El FELIPE aprovecha para reunirse con el SEÑOR JUAN JOSÉ y el SEÑOR CANDELAS, que maneja una buena bota de vino. Echan tragos y fuman. El FELIPE está como liberado.)

EL SEÑOR CANDELAS.— *(Ofreciendo la bota al FELIPE.)* Anda, Felipe, échate un latigazo.

FELIPE.— Es que ya era hora que tuviá las manos libres.

EL SEÑOR CANDELAS.— Aprovecha ahora, que no te ven...

(*El FELIPE se echa un buen lingotazo.*)

EL SEÑOR JUAN JOSÉ.— (*Sacando la petaca.*) Y ahora un cigarrillo...

FELIPE.— Me lo merezco, ¿no?

MARI-PEPA.— (*Embelesada con la criaturita.*) ¡Pichí...! ¡Pichirringui... ¡Ay qué cosa más bonita, madre!... ¡Pichí...! ¡Pichichi...!

EL SEÑOR CANDELAS.— (*Expulsando el humo.*) Pos ha amaneció güen día pa la ceremonia.

FELIPE.— ¿Es que ha visto usted que llueva cuando se trata e cosas de los ricos? Distinto es cuando los que se tien que divertir son los pobres, que entonces los angelitos se mean de gusto y joroban el festejo...

JUAN JOSÉ.— (*Muy sentencioso.*) Toos semos hijos e Dios, Felipe, y bueno hubiá sío también que una ciremonia tan señalá y que no se da toos los días, como es una boda regia, se desluciera con la lluvia. Y máxime pudiendo nosotros, u séase la gente del pueblo, desfrutarla, que nos han pagao el jornal como si curreláramos...

EL SEÑOR CANDELAS.— Y respectiva a menda, suerte he tenío de estar ya jubilao y no tener que arrastrar el sable entre las apreturas...

JUAN JOSÉ.— Tú has tenío suerte, Candelas, que en un año t'has visto libre del uniforme y del hierro el matrimonio...

EL SEÑOR CANDELAS.— Dios la tenga en la gloria, que bien la echo de menos, aunque sólo sea por lo que me hizo sufrir... (*Se echa otro lingotazo de la bota.*)

MARI-PEPA.— (*Interrumpiendo nuevamente.*) ¿Aónde has metío los pañales limpios?

FELIPE.— Pero ¿qué pañales limpios?

MARI-PEPA.— (*Dándole un empujón.*) Anda, anda, bebe, bebe y no te preocupes de na. Levanta (*Le obliga a levantarse de la piedra.*) ¿No lo dije? Encima de ellos s'había sentao...

FELIPE.— Claro, luego dices que me mancho la culera...

EL SEÑOR CANDELAS.— (*Levantándose y aspirando el aire.*) Pos ya era hora que pudíamos tener un día e asueto. ¡Hay que ver qué bendición...!

FELIPE.— Un día pa desfrutarlo en soleá...

EL SEÑOR CANDELAS.— ¿Amos a jugar un ratillo a la rana, ahí al merendero?

EL SEÑOR JUAN JOSÉ.— Por lo menos estiramos las piernas. Vamos. (*Van a iniciar la salida, pero la MARI-PEPA acude al quite.*)

MARI-PEPA.— Pero ¿es que te vas a ir?

FELIPE.— Mujer...

MARI-PEPA.— Pero ¿es que te vas a ir y a dejarme a mí con too?

FELIPE.— Mujer, si voy a beber un trago e agua.

MARI-PEPA.— Pos ahí ties el botijo, gachó...

FELIPE.— Está caliente.

MARI-PEPA.— ¡Está cuernos!... Felipe no me des el día...

EL SEÑOR CANDELAS Y EL SEÑOR JUAN JOSÉ.— (*Ya desde lejos.*) ¿Vienes o no vienes, Felipe...?

FELIPE.— (*Saludándoles con la mano.*) Vayan, vayan ustés, que ahora voy yo... (*Volviéndose suplicante a la MARI-PEPA.*) Pero mujer...

MARI-PEPA.— Es que no vales pa na, pero pa na... Coge de ahí y ayúdame a vestir a este demonio. (*A gritos a la criatura.*) ¡Demonio de crío, tú tamién...! ¿Te quies estar quieto? (*La MARI-PEPA resopla. El FELIPE resopla. El crío inicia un llanto. El organillo suena. Los pregones se alzan al cielo.*) ¡Toma! (*Ya vestido le entrega el crío.*) ¡Jesús bendito!... El agua, que se consume...! (*Corre a la paella.*) ¿Y aónde estará el escabeche? (*La MARI-PEPA habla sola. El FELIPE pasea meciendo al crío. Unas muchachas saltan a la comba salmodiando aquello de «pan y tocino / ino, ino, ino» y el FELIPE con el crío en brazos se pone a saltar a la comba entre el alborozo y las risas de las mozuelas. La MARI-PEPA salta como una furia.*) Pero ¡Mari-Pepa!... Pero ¡huy, este hombre!... ¿Pos no se pone a saltar con la criaturita? Pero ¿tú estás guillao?

FELIPE.— Mujer, tamién...

MARI-PEPA.— ¡Qué mujer, ni hombre!... Pero ¿qué ties en la cabeza? Pa que la dé algo a la criaturita. Huy, qué hombre éste, lo que me hace penar..., pero lo que me hace penar. (*Lloriquea y el FELIPE se vuelve a sentar sumiso en la piedra.*) A mí me vas a hacer tú que me tire por el viaducto, por éstas... (*Pausa tensa. El FELIPE mira cejijunto.*) ¿Y qué habrá sío del escabeche? Seguro que cualquier gato o cualquier perro se lo ha llevao de tus narices, porque tú no te fijas en na. Pues eso...

FELIPE.— Güeno..., me vas a dar el día...

MARI-PEPA.— Si te parece: ¡dos pesetas de escabeche...!

FELIPE.— Pos ni que me lo hubiá comío yo...

MARI-PEPA.— Pos a lo mejor ha sío eso...

FELIPE.— Güeno, que no es mi santo, chica... *(Se vuelve de espaldas a la MARI-PEPA. Sigue removiendo los bultos.)*

MARI-PEPA.— No, si es lo que ice mi madrina: que el día que me se ocurrió casarme contigo me tocó el gordo e la lotería y la aproximación y too... Pos mía tú, dos pesetas de escabeche que ya han volao. ¡Como mi hombre tie tanta gracia pa ganarlo! ¡Jajay...!

(El FELIPE se ha convertido en un verdadero santo Job y aguanta.)

FELIPE.— Por eso te decía yo, mujer, que mejor hubiá sío ir a ver el desfile...

MARI-PEPA.— Claro..., con esas apreturas, para que se ahogaran los chiquillos. No, si tú... Oye, ¿y el José Luis? ¿Aónde s'ha metío ese condena de chiquiyo?

FELIPE.— ¡Y yo qué sé! Bastante con tenerte a éste... Andará por ahí jugando con los otros...

MARI-PEPA.— *(Gritando.)* ¡Jose Luiiisss...! ¡José Luisss!... No, si hoy amos a tener un día sonao. ¡Sonao amos a tener el día...!

FELIPE.— *(Fuera de sí ya.)* Güeno, ¿te quies hacer el favor de meterte la lengua ya aonde te coja? ¿O es que amos a tener que dar el espectáculo? Que a cualquier parte que vaya uno tie que dar el espectáculo con esta mujer de Dios...

(Vuelven el SEÑOR JUAN JOSÉ y el SEÑOR CANDELAS.)

EL SEÑOR CANDELAS.— ¿Ya estáis otra vez de monos?

MARI-PEPA.— Éste, que s'ha levanta con el pantalón e cuadros hoy y too le parece mal. Bátese que lo haga yo...

FELIPE.— Amos, güeno, se pone que yo...

MARI-PEPA.— Too ha sío por culpa de la boda el Rey. Empeñao en que fuéramos a la boda. Ya ve usté. Con dos criaturas y uno de la piel del diablo. Por cierto, ¿han visto ustés por un casual al José Luis?

JUAN JOSÉ.— Por ahí andaba con otros pescando ranas...

MARI-PEPA.— Cuando me lo eche la vista encima lo mato, vaya si lo mato...

EL SEÑOR CANDELAS.— *(Mientras tiende una manta en el suelo para tumbarse.)* Apreta ya la calor, leñe...

FELIPE.— ¿Han jugao ustés la partía...?

JUAN JOSÉ.— ¡Quia!... Si está aquello que no cabe un alfiler. Toos festejando la boda del Rey. Toos mirando el retrato ese y diciendo que la novia es tan guapa. ¡Amos, y a mí me paeca una cantinera...!

EL SEÑOR CANDELAS.— Las cosas hay que verlas del natural. (*Ya está tendido en el suelo.*) La fotografía no deja e tener su engaño por mu bien que resulte... Ya se sabe...

JUAN JOSÉ.— Nosotros hemos hecho mu bien de venirnos aquí, porque no me extrañaría ni un pelo que pasara algo gordo hoy en Madriz...

MARI-PEPA.— (*Interviniendo mientras mueve la paella.*) ¿Qué va a pasar, agüelo? Pos na. Que ésos van a tener una comilona, mismamente aquí, detrás de esa tapia, en la Casa e Campo que se van a chupar los deos, y usté, pues eso...

FELIPE.— ¿Dónde? ¿En la Casa Campo? ¿Tú qué sabes? Si dicen que hay una mesa e dos mil cubiertos en Palacio...

MARI-PEPA.— Ay, mira, ya habló quien la casa honró. Don Sabelotodo. T'habrán pasao tarjeta a ti. ¡Mía tú éste...!

JUAN JOSÉ.— (*Muy sentencioso.*) Los dineros que se irán con el festejo, ya ves. Mientras el pueblo pasa hambre y el paro crece... Lástima e...

EL SEÑOR CANDELAS.— Eh..., cuidaíto con lo que se ice, compadres. Que al fin y al cabo menda ha sío una autoriá...

JUAN JOSÉ.— Has sío; pero ahora no eres na. Y manque lo fueras, a mí no me das miedo. Yo con la verdá voy al lucero el alba.

EL SEÑOR CANDELAS.— Güeno, hombre, güeno, menos lobos y no te sulfures...

JUAN JOSÉ.— Tengamos la fiesta en paz y allá ellos.

FELIPE.— A mí me hubiá gustao echarlos un ramo e flores..., pero con algo dentro...

MARI-PEPA.— No, si tú... Lo que es de sentimientos. No los ties pa tu hijo, pa tenerlos pa los demás...

FELIPE.— (*Ofendido.*) Pero mía tú qué tendrá que ver el culo con las témporas...

EL SEÑOR CANDELAS.— ¿Sabéis qué sus digo yo? Que por mucho que digáis u dejéis de icir, el mundo sigue p'alante, y unos comen y otros miran. Y ellos mañana tendrán mil criaos que los sirvan, y vosotros tenéis que irse pal tajo, y el día que falte, pos a ayunar como lo manda la Santa Madre Iglesia. Y si no, aquí me tenis a mí, dempués de servir cuarenta

años en el Cuerpo e Municipales m´han dao la patá en salva sea la parte con cincuenta riales pa abrir boca.

MARI-PEPA.— Usté no se queje, señor Candelas, que con eso y la portería y otras cosas que me callo... pues...

EL SEÑOR CANDELAS.— ¿Qué otras cosas? Bribonaza. Que entoavía quies tú ponerme los puntos a mis años...

MARI-PEPA.— ¡Huy, sí!... A lo mejor entoavía cree usté que está pa seducir como cuando marras...

FELIPE.— Güeno, dejarse de historias... (*Miran todos hacia un punto.*) Ahí vie un guarda. Paece que nos busca a nosotros...

MARI-PEPA.— (*Levantándose de un salto.*) ¡Ay, madre, a ver si le ha pasao algo al José Luis...!

FELIPE.— Mujer..., siempre viéndolo too negro. ¿Qué pasa, señor guarda? ¿Nos buscaba usté?

(Aparece un GUARDA bigotudo, muy buen mozo, de maneras muy galanas que no dejan de esconder un profundo sentido de la autoridad.)

GUARDA.— (*Saludando.*) No, señora; no ha pasao porque no quie Dios que pase y porque uno tie cuidao de que no pase. Mientras ustedes, y perdonen, se tumban a la Bartola. Mi obligación sería ahora ponerles a ustedes una multa...

MARI-PEPA.— Pero ¿qué ha pasao?

FELIPE.— Diga usté, señor guarda...

GUARDA.— Que su chico de usté, con los chicos de otros, me están dando la mañana y están «infligiendo» las ordenanzas una tras otra. Primero ha sío poner perdías las aguas del canalillo tirando chinos a las ranas; después me han quitao unos reteles que tenía puestos, luego han tronchao tres ramas de una acacia, después m´han tirao una piedra...

MARI-PEPA.— (*Muy jarifa.*) ¡Pues hijo!..., yo creí que es que había pasao algo...

GUARDA.— Hombre, señora, si le paece a usté que los angelitos han hecho poco. Pos yo le doy mi palabra de Serafín González Rodríguez, guarda jurao de parques y jardines e la capital, que por mucho menos he puesto una multa de cinco pesetas a más de un padre que no sepa que tie hijos...

MARI-PEPA.— Oiga usté, en eso no se meta usté porque no le importa.

GUARDA.— No, si no me meto. Lo que voy a hacer es sacar el cuaderno de multas...

FELIPE.— ¿Te quies callar, mujer?

EL SEÑOR CANDELAS.— Cállate, mujer... Y deja que el señor se explique...

GUARDA.— (*Levantándose la gorra y secándose el sudor.*) Pero, hombre, si un servior lo único que les pía a ustedes es que tengan un poco e cuidao con la criatura, porque de unas cosas pasan otras y así vien las desgracias. Ahora que si la señora se pone en ese plan...

MARI-PEPA.— Huy, en cuanto le coja lo mato. Me quito la zapatilla y lo mato a ése. ¡Por éstas que lo mato!... Claro, como su padre no le toca el pelo e la ropa...

GUARDA.— Tampoco es pa ponerse así. Sencillamente con reprenderle, pues eso...

EL SEÑOR CANDELAS.— Sí, señor, sí. Lo comprendo a usted...

GUARDA.— Pos mira si no es desagradable tener que llamar la atención...

EL SEÑOR CANDELAS.— Dígamelo usted a mí que he perteneció al Cuerpo Municipal cuarenta años. Los críos..., que son el demonio...

MARI-PEPA.— Voy a por ese chico y lo tiro de cabeza al canal...

FELIPE.— No, mujer. Tú cuida a éste. (*Le entrega al niño.*) Ya voy yo a por él...

MARI-PEPA.— ¡Qué vas a ir tú! Pa darle caramelos encima. Quita que voy yo...

FELIPE.— Voy yo, que soy su padre, y vas a ver los caramelos que le doy. (*Se desabrocha la correa del pantalón y se va raudo.*)

EL SEÑOR CANDELAS.— ¡Que no llegue la sangre al río...!

EL SEÑOR JUAN JOSÉ.— A ver si te sobra algún peazo, Felipe... ¡No lo rompas del too!

MARI-PEPA.— Huy, ya ves. Lo que le gusta echar aparato. (*Al GUARDA.*) Güeno, pues mu señor mío, ya hemos quedao enteraos y usía perdone...

GUARDA.— (*Muy malicioso.*) Güeno, hombre, güeno, no se ponga así, que yo la conozco a usted...

MARI-PEPA.— Pos una serviora, con otra será la segunda vez que veo su facha... (*Sin embargo, se ha puesto muy coquetona.*)

EL SEÑOR CANDELAS.— Pos eso me estaba yo diciendo. Que a usted le tengo visto yo...

GUARDA.— (*Dirigiéndose a él, pero sin perder de vista a la MARI-PEPA.*) Claro. ¿No me ha de haber visto usted, señor Candelas? ¿No s'acuerda usted de Serafín el farolero?

EL SEÑOR CANDELAS.— Anda, claro, ya caigo. El Pinturero que lo llamaban a usted. ¡Anda, leñe...!

MARI-PEPA.— (*Con sorna.*) ¡Huy..., el Pinturero!

GUARDA.— También a usted por mal nombre la conocían por la Revoltosa...

MARI-PEPA.— Malas lenguas...

JUAN JOSÉ.— La lengua de la verdá.

GUARDA.— (*A JUAN JOSÉ.*) Y a usted también le conocí yo, señor Juan José, cuando pasó lo que pasó...

JUAN JOSÉ.— De eso le agradeceré a usted que no hable...

GUARDA.— (*Que se ha sentado en la piedra, se ha levantado el ala del sombrero y saca la petaca de tabaco ofreciendo a todos.*) Y también he conocío al Julián, el cajista, el que se casó con la Susana, el hijo e la señá Rita...

EL SEÑOR CANDELAS.— ¡Vaya...!

MARI-PEPA.— ¡Pos anda !..., que paece usted la «istadística» esa...

GUARDA.— Nací en la calle el Sombrerete, ¡pues a ver!... Lo tengo too mu recorrió, y aunque ahora viva uno apartao, el corazón le tira pa aquello...

JUAN JOSÉ.— Sí, señor... Los años e juventú se llevan siempre mu adentro...

GUARDA.— Y usted que lo iga... Por eso esta mañana en cuanti que les guipé, y ustés perdonen, me dije: tengo que ir a ver si son o no son. Aquí, la Mari-Pepa no ha cambiao na. Sigue como era, garbosa, revoltosa: la de la falda e céfiro y el vestío e percal... (*Al decir eso, moja el papel de fumar con una sonrisa maliciosa.*)

MARI-PEPA.— ¡Huy, qué piropos!... Pos usted, la verdá sea dicha y a la hija e su madre no la duelen las prendas, entoavía podían decirle el Pinturero... (*Sonríe mientras mece a la criatura.*)

GUARDA.— Cincuenta años va a cumplir un servior, que paice mentira...

LA MARI-PEPA.— Pos nadie lo diría con esas persianas negras... (*Con chunga.*) Porque ¿no usa entoavía bisoñé, verdá?

GUARDA.— (*Riéndose.*) La misma e siempre. ¡Ay, cuántas veces te he visto venir, chiquilla, del taller de plancha con aquella falda e céfiro y...! ¡Menúa tremolina armaba ésta!

MARI-PEPA.— (*Riendo.*) La vía, señor Serafín, la vía...

GUARDA.— Güeno: y usted desimule y perdone si uno es mal preguntao: el señor es su marío, ¿verdad? (*La MARI-PEPA asiente con disgusto.*) El Felipe, ¿no? Güeno muchacho. Güeno e verdá...

EL SEÑOR CANDELAS.— De lo mejorcito que hay por ahí...

MARI-PEPA.— ¡Ya, ya...!

GUARDA.— (*Muy ceremonioso.*) Lo importante es que haiga saluz, que lo demás...

EL SEÑOR CANDELAS.— ¿Y usted cómo fue el venirse pa acá?

GUARDA.— Pos casualidades. Un amigo mío que era alabardero de Palacio, mejor dicho, que sigue siendo, y me proporcionó este destinillo al quedarme viudo. Vivo aquí cerca. Y si a ustés no les molesta, quieo que tomen posesión de su casa y si les parece me sentiré mu honrao en que tomen un vaso e limonada en cuanti que finiquite el servicio mío a las dos de la tarde. De moo que... (*Se come con la vista a la MARI-PEPA.*)

MARI-PEPA.— ¡Huy, a las dos de la tarde, con la modorra que cae...!

(El GUARDA está dando muy ceremonioso la mano a todos.)

EL SEÑOR CANDELAS.— Pos ha sío un placer, amigo Serafín...

JUAN JOSÉ.— Que siga usted de suerte y a conservarse...

GUARDA.— Señora... (*La MARI-PEPA le saluda cortésmente con la cabeza.*) Ya sabe usted aónde me tiene mandao, pa lo que precise. Y lo mismo diga a su señor esposo de usted. Estaré mu honrao si aceptan el pequeño convite...

MARI-PEPA.— A ver qué ice el Felipe. El marío es el que manda. ¡Una...!

GUARDA.— (*Que no acaba de retirarse, atraído por el esplendor de la MARI-PEPA, que, a la sombra del pino, con la criatura en brazos, rezuma salud y alegría.*) Ha sío pa un servior una fiesta encontrarles, ya que con el trabajo que tie uno no pue darse un garbeo por aquellos barrios. Y perdone lo del chiquillo, que ya sabe uno lo que son los críos...

MARI-PEPA.— Sí señor... ¡Abur...!

GUARDA.— (*Volviéndose.*) Y si ven por un casual al Julián y a la Susana...

MARI-PEPA.— ¡Huy!..., el Julián y la Susana... ¿No sabe usted que ya no quieren na con los pobres?

GUARDA.— (*Que casi vuelve a sentarse en la piedra.*) Eso me habían dicho, que habían prosperao...

MARI-PEPA.— En cuanti que se casó con la Susana, a la fuerza, porque así fue, se estableció y tie su industria de imprenta. Tonto ya lo era el pobre y ahora, con ella, que es más tonta que él, han prosperao y se dan de menos

por saludar a unos. Allá ellos y que siga Dios favoreciéndolos y a los demás que no nos olvíe...

GUARDA.— Diga usted que sí... ¡Vaya, hombre, vaya!..., pues mira que me habían dicho...

EL SEÑOR CANDELAS.— El Julianillo siempre fue un muchacho mu serio y apañao...

GUARDA.— Güeno..., lo dicho...

JUAN JOSÉ.— Si quie usté comer con nosotros...

GUARDA.— S'agraece; pero hasta las dos del mediodía no pueo. El día está mu pesao y hay que cumplir las obligaciones, máxime en día tan señalao como es la boda de Su Majestad...

MARI-PEPA.— Bueno estará Palacio...

GUARDA.— Ahí tenía que estar la Mari-Pepa, con su mantón alfombrao y su pañuelo e sea... ¡Amos, que pa dar achares a la novia...!

MARI-PEPA.— Cállese, señor Serafín, que me va usté a hacer saltar las lágrimas. Mire (*Enseña al niño.*) éste, el José Luis ése que le ha hecho rabias a usté... y lo que venga... ¿Aónde estará la Revoltosa?

GUARDA.— (*Melancólico.*) ¡Ay, genio y figura hasta la sepultura!..., como vulgarmente se dice... ¿Qué pasa ahora? (*De pronto se nota un revuelo extraño. Se oyen gritos. La gente parece que corre.*)

JUAN JOSÉ.— Sí que parece que pasa algo...

MARI-PEPA.— ¡Ay con el crío éste, que me va a dar un ataque! ¿Y el Felipe? ¿Aónde está?

EL SEÑOR CANDELAS.— Calma, mujer, que no pasa na... Pero ¿por qué se van toos?

GUARDA.— (*Dirigiéndose a alguien que pasa corriendo.*) ¡Eh!..., ¡maestro, usté!... ¿Pasa algo por allá?

VOZ DEL HOMBRE— (*Jadeante.*) ¡Que han matao a los reyes!... ¡Una bomba...!

GUARDA.— ¡Mi madre...!

MARI-PEPA.— ¡Jesús Bendito...!

GUARDA.— ¡Ustés perdonen!..., voy a informarme...

(*Todos están en pie. Sobresaltados. Se oyen voces diversas.*)

VOZ 1.— ¡Pepaa!... ¡Ámonos pa casa, que hay jaleo...!

VOZ 2.— ¿Y mi chico, aónde está?... ¿Y mi suegra?...

VOZ 3.— ¡Chiquilla, coge las cosas...!

(La MARI-PEPA está sobresaltada. El JUAN JOSÉ y el SEÑOR CANDELAS no saben qué hacer.)

MARI-PEPA.— ¿Y este hombre, aónde s'habrá metío...?

JUAN JOSÉ.— Pero ¿no sos lo icía yo que iba a pasar algo?

UNA VOZ DRAMÁTICA.— ¡Muertos a centenares! ¡Madriz está ardiendo! ¡Han matao a la reina!

CHIQUILLOS.— *(Coreando en son de cántico.)* «L'han matao, l'han matao, l'han matao...»

VOZ DE MUJER.— ¡Chiquillo, que te matooo...!

EL SEÑOR CANDELAS.— Si tenía que pasar, tenía que pasar. ¡Tanto despilfarro...!

JUAN JOSÉ.— *(Frotándose las manos.)* Pos güena viene la noticia. ¡La República!...

MARI-PEPA.— Cállese, señor Juan José, y deje la política a un lao... Vaya a ver si saben aónde está el Felipe y el José Luis...

EL SEÑOR CANDELAS.— Si, cualquiá lo encuentra. Anda, anda, recoge las cosas y vámonos, no sea que haiga una desgracia...

MARI-PEPA.— *(Uniendo sus voces a las de otras mujeres que claman por doquier.)* ¡Felipeeee!... ¡José Luiiiiiiss!... ¡Felipeeeee!... ¡José Luiiiss!...

JUAN JOSÉ.— *(Ayudando a recoger la paella al SEÑOR CANDELAS.)* ¡Amos!, con lo güena cara que tie la paella... Si no va a pasar na...

MARI-PEPA.— *(Haciendo una pausa en sus invocaciones.)* Ya ve usté, y eso que no tie el escabeche... ¡Felipeeee!... Vaya, ahí viene... *(Viene con la lengua fuera el FELIPE.)* ¿Y el chico?

FELIPE.— ¡Que han matao a los reyes! Les han tirao una bomba los anarquistas. Toos los menistros muertos, la calle Mayor ardiendo... Los cañones están en la calle...

MARI-PEPA.— *(Sacudiendo a su marido.)* Pero ¿y el José Luis?

FELIPE.— *(Dándola un manotazo.)* ¿Te quies callar? Que va a haber mucha leña, mucha...

JUAN JOSÉ.— Pero chico..., a ver..., ¿tú crees que...?

EL SEÑOR CANDELAS.— Pero ¿cómo?

MARI-PEPA.— Pero ¿y el José Luis?

FELIPE.— Han venío los guardías y están despejando toa la parte del río... Han declarao la ley marcial... ¡Vaya boda, señor Candelas, vaya boda...!

(JUAN JOSÉ y el SEÑOR CANDELAS, muy asustados.)

JUAN JOSÉ.— Anda, anda, amos a recoger y pa casita, que llueve...

EL SEÑOR CANDELAS.— Traiga, traiga... (*Recogen paquetes.*)

MARI-PEPA.— Pero ¿y mi hijo? (*El pequeño que lleva en brazos llora.*) ¡Ay, Virgen Santísima del Carmen!... (*Siguen oyéndose gritos.*)

JUAN JOSÉ.— Malo será que no lo paguemos nosotros...

MARI-PEPA.— Pero ¡yo no me voy sin el chiquillooo...!

(*Aparece de nuevo el GUARDA.*)

GUARDA.— No se preocupen por el crío, que ya lo tengo yo en mi garita... Estesen tranquilos...

MARI-PEPA.— De verdá, ¿no le ha pasao na?

GUARDA.— Véngase ustés conmigo a mi casa... Allí estarán seguros...

EL SEÑOR CANDELAS.— Pero ¿es verdad lo que icen, señor Serafín?

GUARDA.— Exageraos los hay siempre; pero que ha habío bomba, ha habío bomba...

MARI-PEPA.— ¡Virgen Bendita...!

JUAN JOSÉ.— ¡Lástima e paella...!

GUARDA.— Vénganse conmigo; que no tien na que temer... Aggüelo, coja esa cesta...

(JUAN JOSÉ y el GUARDA cogen la paella. El JUAN JOSÉ, la cesta. El GUARDA coge los paquetes. El FELIPE anda atontado.)

MARI-PEPA.— (*Al FELIPE.*) Pero ¿tú no echas una mano?

FELIPE.— Pero ¿aónde vamos?

GUARDA.— ¡Pa mi casa! Allí tengo ya al chico...

EL SEÑOR CANDELAS.— Es el señor Serafín, el que fue farolero de Ministriles...

FELIPE.— Anda, ya caigo... Pos no caía...

MARI-PEPA.— No, si tú no caerás nunca del burro..., ¡so pasmao!... Que ya me has hecho perder dos pesetas de escabeche, que se ice pronto...

GUARDA.— Hale, hale..., vénganse pa allá, que no llegará la sangre al río...

MARI-PEPA.— ¡Dos pesetas escabeche...!

JUAN JOSÉ.— (*Muy sentencioso.*) No, si está vivo... Que no podremos vivir tranquilos...

EL SEÑOR CANDELAS.— Y usté que lo iga, señor Juan José...

(Se oscurece la escena entre el griterío, la confusión, el nerviosismo y cierta subterránea y velada euforia.)

MOMENTO TERCERO

Año de 1920. Atardecer de otoño. Interior de la imprenta del JULIÁN. Es un establecimiento más que regular. Tras el escritorio se sienta el propietario, al que podría llamarse ya «don Julián» con más de cuarenta años cumplidos, pero apuesto y otoñal como la tarde madrileña que se transparenta por un ventanal al fondo. De una puerta lateral llega el ruido de las máquinas que todavía trabajan. En la pared vemos colgados unos carteles, sin duda realizados en la imprenta, que dicen: «III Congreso del Partido Socialista», «Unión Central de Trabajadores». También hay un cartel de toros y otro de circo. Un letrero que dice: «Los encargos se pagan por adelantado». Otra puerta da a una antesala. JULIÁN se encuentra meditabundo y su rostro que da endurecido por la luz eléctrica de la lámpara del escritorio. Viste camisa blanca y chaleco desabrochado. Una cadena de oro de reloj. En la percha cuelga la chaqueta de corte elegante y un sombrero canotier. JULIÁN aparece abstraído, como echando cuentas. Unos golpes en los cristales de la puerta que conduce a los talleres.

VOZ DE UN MOZO.— ... ¿Permiso, señor Julián?

JULIÁN.— *(Con desgana.)* Pasa... *(Entra un MOZO de blusón y gorrilla con unos papeles en la mano.)*

MOZO.— Que aquí tie usté las pruebas del «descurso»...

JULIÁN.— *(Cogiendo las pruebas.)* A ver...

MOZO.— ¿Manda usté algo más?

JULIÁN.— No... *(Cuando el MOZO va a salir.)* Eh, tú, ninchi..., vente pa acá...

MOZO.— ¿Eh?

JULIÁN.— ¿Esto qué es?

MOZO.— Que m'ha dicho el señor Caballero que es el «descurso»...

JULIÁN.— Estás bueno tú con el «descurso»... Aquí falta la mitad...

MOZO.— Es que me ha dicho que ya son las siete...

JULIÁN.— (*Encolerizado.*) ¡Como si son las ocho! Eso tiene que estar hecho hoy mismo. Díselo. Toma. Lo quiero enterito y coleando...

MOZO.— Sí, señor...

JULIÁN.— Vamos, hombre... (*Sale el MOZO.*) Siempre dejando las cosas a medias. Pa pedir aumento e jornal no les falta tiempo... (*A poco vuelve el MOZO.*) ¿Qué, ya está?

MOZO.— No, señor. Que hay un hombre, bueno un señor, que si pue usté verle...

JULIÁN.— ¿Quién es?

MOZO.— (*Repitiendo.*) Un hombre. Que si pue verlo a usté...

JULIÁN.— Pero, hombre..., ¿no sabes quién es? Anda, hombre, anda y pregunta que de parte de quién...

MOZO.— ¿Que de parte de quién?

JULIÁN.— ¡Leñe!..., que si es un cliente o quién es... ¿No está cerrao ya el despacho?

(El MOZO sale asustado y JULIÁN mueve la cabeza fastidiado. Vuelve el MOZO.)

MOZO.— Que es el Felipe. Que si pue usté recibirlo, y que si no, que se larga...

JULIÁN.— ¿El Felipe? (*Sobresaltado.*) ¿El Felipe?

MOZO.— ¡El Felipe!... Amos, a mí me ha dicho: «dígalo usté que su amigo el Felipe...».

JULIÁN.— (*Que se ha abotonado el chaleco y ha ido a la percha para colocarse la chaqueta.*) Anda, dile que pase ya...

(Sale el MOZO y aparece el FELIPE. Parece tener diez años más que el JULIÁN. Está completamente derrotado. Viste con gorrilla, sucia y ajada, se ata los pantalones con una cuerda y calza alpargatas rotas.)

JULIÁN.— (*Fingiendo mucha alegría y abriendo los brazos.*) ¡Hombre, Felipe, dichosos los ojos...! (*Pero al ver el FELIPE el estado de JULIÁN, retrocede muy ladinamente y se coloca tras el escritorio tendiéndole la mano.*)

FELIPE.— (*Sin disimular cierta alegría.*) ¡Julián!..., ¡muchacho...! (*Se aprietan la mano.*)

JULIÁN.— Siéntate, hombre..., que ya era hora de que te acordaras de los amigos, ninchi...

FELIPE.— (*Antes de sentarse.*) ¡Jolín qué tío estás hecho y perdona, Julián! Amos, que to un potentao. Lo que m'habían dicho...

JULIÁN.— Calla, hombre, calla. Tú qué sabes. No es oro to lo que reluce, chavea. Y tú, ¿qué?

FELIPE.— Pues yo...

JULIÁN.— (*Cortando.*) Espera. (*Llamando.*) ¡Chicoo...! (*Aparece el MOZO.*) ¿Te apetece una cerveza?

FELIPE.— No te molestes...

JULIÁN.— (*Al MOZO.*) Vete a Casa el Francisco y que te ponga una jarra grande de cerveza con gaseosa, y si tie, gambas. (*Al FELIPE.*) ¿Te gustan las gambas? Y de paso te pasas por el estanco y compras dos brevas, buenas. Di que son pal señor Julián. Toma: cinco duros... ¿T'acordarás, chavea?

MOZO.— Amos a ver...

JULIÁN.— Venga, largándote, que es pa hoy. Pero en velocípedo... (*Sale el MOZO.*) Pues sí, chico, aquí me ties enjaulao como siempre, metío en las cajas y hecho un negro, pa ganar cuatro pesetas, tal y como anda el gremio. Con más deudas que el kaiser...

FELIPE.— Tú que nunca debías na...

JULIÁN.— Pos ya ves. Too pa ver si uno pue dejar un mediano pasar a la chiquilla, porque lo que es uno ya... ¿Cuántos has cumplío tú, Felipe?

FELIPE.— Yo venía pa...

JULIÁN.— (*Cortando.*) Cuarenta y cuatro cumplí yo, uno encima el otro, Felipe. Como lo oyes. El tiempo vuela a cien por hora, tú. ¡Y si uno hubiá disfrutao!; pero ¡quia!, trabajando como un negro pa na, y luchando con el personal. Te digo que...

FELIPE.— Pues oye, yo...

JULIÁN.— Tu mujer, bien, ¿no? Los chaveas estarán ya hechos unos tíos, ¿no?

FELIPE.— ¡Hombre...!

JULIÁN.— La suerte que has tenío tú con dos machos, Felipe. En cambio yo una chiquilla y pa eso, siempre delicá y siempre con dengues. ¡Te digo que...! Ahora la tenemos que llevar a los baños e Cestona. Tú verás, ha-

ciendo un sacrificio; pero qué quieres, la salud es lo primero, y si hay que sacrificarse, se sacrifica uno. Natural...

FELIPE.— (*Metiendo baza.*) Pues eso, que por los chicos se hace cualquier cosa, y yo...

JULIÁN.— A tu chico mayor, el José Manuel...

FELIPE.— José Luis...

JULIÁN.— O eso, José Luis. La última vez que lo vi, vaya un tío, qué gracia me hizo, montao en el trope de un tranvía y luego corriendo delante un guindilla por Pontejos. Me reí las tripas...

FELIPE.— ¿Al José Luis? ¿No sería al pequeño, al Pichi?

JULIÁN.— Hombre, pues no sé. El caso es que me gritó...: «adiós, señor Julián», y yo le dije a la Susana: «mira tú el chico el Felipe, lo guaja que está hecho y cómo sale a nosotros», y la Susana...

FELIPE.— Tengo dos chaveas...

JULIÁN.— Sí, pues eso. Lo que digo. La Susana, como no entiende de esas cosas, porque ya sabes que a ella la ha tirao el señorío siempre...

FELIPE.— Y a ti también...

JULIÁN.— ¿A mí?

FELIPE.— ¡A ver! Estás que parece que ties que ir al Congreso...

JULIÁN.— ¿Yo? ¡Amos bueno...! Cosas de la Susana y que uno tie que estar presentable pa recibir a los clientes. Pero calla, hombre, calla, que yo soy hombre de tasca, de alpargatas y tintorro. Qué tiempos aquéllos, ¿eh, Felipillo e mi alma? Cuando tu Mari-Pepa era la Mari-Pepa, y la señá Rita, la señá Rita y... ¡Qué tiempos aquéllos Felipe! Cuarenta y cuatro que he cumplío, figúrate...

FELIPE.— Naide lo diría, ninchi...

JULIÁN.— Tú sí que estás igual. No has cambiao, Felipe. Desde la última vez que nos vimos. ¿Cúando fue? Ah, sí, cuando el entierro del señor Juan José..., que ya va pa ¿cuatro?

FELIPE.— Cinco años...

JULIÁN.— Cinco años sin vernos, amos que... Se dice pronto, chavea. No queriendo na con los amigos...

FELIPE.— Tú eres el que no quiere na con los pobres...

JULIÁN.— ¿Qué dices, chavea? (*Aparece el mozo con la cerveza y demás cosas.*) Pasa, hombre, pasa. Ni que hubiás ido por la cerveza a Santa Bárbara...

EL MOZO.— *(Mientras deja todo sobre la mesa.)* Andá..., pos el tiempo de ir y volver, lo que se tarda en cruzar, con tanto coche...

JULIÁN.— Anda, anda, ya está. Trae la vuelta..., *(Coge el dinero sin mirarlo.)* y dí a ése que se dé prisa, que van a venir a por esas pruebas... *(El MOZO sale. FELIPE aprovecha la ocasión para intentar hablar.)*

FELIPE.— No sé pa que te molestas, Julián, si yo lo que quería es hablar contigo...

JULIÁN.— Toma, hombre, toma, *(Le ofrece la cerveza.)* que pa un rato que estamos juntos; pa una vez que te se ocurre ver a un compañero...

FELIPE.— *(Cogiendo la cerveza.)* S'agradece, mersi...

JULIÁN.— Come gambas. Un día es un día, chavea, que tal y como están las cosas, como sigamos con Maura, vas a ver aónde amos a ir a parar todos...

FELIPE.— No, si tú te quejarás entoavía...

JULIÁN.— Si te parece no me voy a quejar, con too ese montón de facturas por cobrar y venga a pagar impuestos. Mientras dure Maura, pa la ruina. Te lo digo yo, que no me equivoque nunca, Felipe. Hazme caso...

FELIPE.— Pues sí que ties que decirme a mí na...

JULIÁN.— En este país los pobres obreros estamos condenaos... Máxime cuando somos toos una pandilla e borregos sin cultura, ni estrucción, ni na...

FELIPE.— *(Diciéndolo al fin.)* Yo llevo casi dos años parao, lo que se dice parao...

JULIÁN.— Y mientras nos gobierne ese hijo de su madre, vas a seguir reparao... Te lo digo yo... Come gambas, bebe...

FELIPE.— Y mi chico, el José Luis, que ya está sorteo y se lo van a llevar pal África...

JULIÁN.— Al mataero. ¿A ellos qué les importa?

FELIPE.— Ya ves tú su madre, la Mari-Pepa que lo idolatra, que pa ella el niño es un saldo... Pues eso, que si uno tuviá unos cuantos reales pa redimirlo...

JULIÁN.— Lo de siempre, Felipe, lo de siempre. Ellos son los que tenían que ir a partirse la boca con los moros, pero ¿pa qué tien los hijos de los obremos? ¡Pa eso!

FELIPE.— U séase que si yo pudiá disponer de esa cantidad, ahora que el chico trabajaba de aprendiz en una fundición, pues figúrate. Y ya sabes lo que son las madres, Julián...

JULIÁN.— Pero ¿qué me vas a decir? Anda, bebe, bebe... ¿Ves? Más vale tener chicas que chicos. Por lo menos no los tie uno que verlos ir pa la guerra... ¡Dita sea! Pobre Susana si se viera en un disparadero así...

FELIPE.— (*Atragantándose.*) O sea, que si algún buen amigo me pudiá prestar esa cantidad pa redimir al niño, figúrate pa mí y pa la pobre Mari-Pepa lo que sería...

JULIÁN.— (*Que ha acusado el golpe.*) Too son penas y to son miserias... ¡Dita sea la madre que parió a los políticos!... Si los pobres soldaos no fueran tan borregos, lo que tenían que hacer es disparar contra sus jefes y no contra los moros...

FELIPE.— Natural...

JULIÁN.— Toa la puñetera vía de uno luchando pa ver cómo se llevan los hijos de uno pal matadero. ¡Pero na, borregos toos y ya está!... Ya ves tú yo, trabajando pal partido, imprimiendo los discursos a los jefes y la propaganda. La policía ca dos por tres aquí. Como que yo creí que eras un poli, Felipe. Con el alma en vilo siempre.

FELIPE.— (*Con la suya.*) Pero yo, Julián, ¿qué voy a hacer? Si estoy parao, si no gano ni pa fósforos, si estoy hecho una ruina. ¿Cómo pago yo pa que el chico no sea sorche?

JULIÁN.— (*Ofreciéndole un puro.*) Toma, fuma... (*Se lo enciende.*) Si no fuera por la guerra, el Ejército lo endurece a uno, lo saca e las faldas de la madre, lo espabila. Pero tratándose de la guerra, chavea. Porque Marruecos, figúrate... Pero con el paro que hay...

FELIPE.— Yo hago lo que sea, Julián... Aquí en tu negocio...

JULIÁN.— ¡Aquí!... ¿Tú sabes lo que dices? Aquí estamos toos sobrando, y mientras el judío ese siga de Presidente del Consejo, adiós partido, ni una letra se imprime en esta puñetera España que no sea pa piropear a los ministros. Aquí no; te lo digo y con el corazón en la mano, que ya sabes quién es el Julián...

FELIPE.— Yo, por el chico, mayormente...

JULIÁN.— Lo del chico es grave y no es grave... Quién sabe lo que pue pasar. No ties que ver las cosas tan negras...

FELIPE.— ¡Pero si ya está sorteo! Si se va pal África, Julián de mi alma, y su madre se muere...

JULIÁN.— Tranquilo, tranquilo. Come gambas. Amos a ver, amos a ver. Tú ties que ir a verme a la tertulia e la Casa el Pueblo, porque allí hace falta

alguien. Tú ties reaños pa lo que sea. Un suponer: pa repartir propaganda del partío, pa pegar carteles...

FELIPE.— Más cornás da el hambre, Julián. Lo que sea, lo que sea, menos faltar a los diez mandamientos...

(En este momento se oyen unos golpecitos en el cristal de la puerta del vestíbulo. Se abre y asoma la cabeza de la SUSANA, hecha una señorona de buen ver, con abrigo elegante de entretiempo y hasta sombrerete.)

SUSANA.— Julián..., ¿quies que te ayude a hacer facturas? Ay, perdona, no me había dado cuenta de que tenías visita...

JULIÁN.— *(Levantándose.)* Pasa, pasa, Susy, pasa, que estamos entre amigos... *(Avanza muy coqueta la SUSANA.)* ¿No te acuerdas del amigo?

SUSANA.— *(Mirando al JULIÁN con distanciamiento.)* Ay, pues, de momento, no caigo...

FELIPE.— *(Mientras se limpia la mano en el pantalón.)* El Felipe, de la Mari-Pepa, de la calle Ministriles...

SUSANA.— *(Muy fingidora.)* Huy sí..., qué tonta, ni había caído. Claro, tanto tiempo. ¿Y qué tal? ¿Y Mari-Pepa? ¿Y los chicos? *(Muy señorona.)*

FELIPE.— *(Que se ha quitado la gorra.)* Pues muy bien... Aquí el Julián ya me había dicho que todos bien también...

SUSANA.— Trabajando, tirando...

JULIÁN.— *(A la SUSANA.)* Anda, siéntate, que enseguida nos vamos, en cuanto termine de arreglar una cosa ahí...

SUSANA.— Si quieres te espero en la antesala..., y si tienes alguna facturita por hacer...

JULIÁN.— ¿Quieres un poquito de cerveza?

SUSANA.— Huy, no...

(Hay una situación muy tensa. FELIPE sigue de pie sin saber qué hacer y SUSANA se sienta muy coquetona en el brazo del sillón de JULIÁN. Saca la polvera y se repasa el rostro.)

JULIÁN.— *(Explicativo al FELIPE.)* Es que la he prometido llevarla al cine. No sale nunca de casa...

FELIPE.— Bueno, pues yo me marcho y me alegro mucho...

JULIÁN.— Pues ya te digo, pásate por la Casa el Pueblo los viernes a las ocho, que es cuando nos reunimos la tertulia...

FELIPE.— ¿A las ocho e la noche?

JULIÁN.— Sí, claro...

FELIPE.— No, pa mí como si fua a las ocho e la mañana...

JULIÁN.— *(Dándole una palmotada y llevándole hasta la puerta.)* Y ánimo, hombre, que el mundo no se hunde y que pa algo estamos los amigos. ¡Ánimo, Felipe...! Y saluda a tu mujer y da un beso a los chicos...

FELIPE.— De tu parte... *(Volviéndose a SUSANA.)* Bueno, Susana, lo mismo digo...

SUSANA.— *(Extremando la amabilidad.)* Muchos abrazos a Mari-Pepa de mi parte, que me acuerdo mucho de ella y que a ver si vemos a los chicos un día, que no seáis tan caros de veros...

(FELIPE sonríe, sale. Sale JULIÁN con él. La SUSANA sigue su repaso del rostro. Vuelve JULIÁN.)

JULIÁN.— Miserias por toos laos...

SUSANA.— ¡Pobre Felipe...!

JULIÁN.— El chico se lo llevan pal África, él sin trabajo, parao... Y uno que no pue hacer na...

SUSANA.— *(Cerrando violentamente la polvera.)* Y tú que no pues ver una desgracia sin que te derritas, Julián... ¡Ay!... *(Le da un beso.)* Anda, ya se arreglará todo. Echan una película de Pola Negri en el Callao...

JULIÁN.— Espera a ver si estos hijos de su madre han acabado con el encargo... ¡Mi madre, qué tíos...! *(Sale por la puerta de los talleres.)*

(Al poco rato se abre de nuevo la puerta del vestíbulo y entra nada menos que la SEÑÁ RITA, con sus sesenta años encima, pero muy flamenca y también muy elegante, aunque no tanto como la SUSANA.)

SEÑÁ RITA.— *(Que entra como muy sigilosa.)* ¿No está el Julián?

SUSANA.— Sí, ahí dentro está peleándose con esos vagos...

SEÑÁ RITA.— *(Sentándose.)* Oye: voy a aprovechar ahora... A ver si convences a ese cabezota de tu marido...

SUSANA.— ¿Qué pasa?

SEÑÁ RITA.— Pues que por fin le he conseguido el encargo ese, el de la parroquia de San Andrés...

SUSANA.— ¿Cuál? ¿El de las novenas?

SEÑÁ RITA.— ¡Pues claro, tonta! Un encarguito muy decente. Total, imprimir unas hojitas.

SUSANA.— ¡Huy, cualquiera le habla de eso! Usté no sabe. El otro día por la Moncloa, cuando le hablé de hacer un encargo pa la iglesia. Se puso ferroche que pa qué...

SEÑÁ RITA.— Pues mira, que se ponga como quiera. Al fin y al cabo, su padrastro, que en paz descanse, no le dejó los cuartos pa que los pateara con el dichoso partido y la política y...

SUSANA.— Se pone hecho una fiera, de verdad...

SEÑÁ RITA.— Bueno, bueno..., ya te darás tú maña. Yo ya le he dicho al párroco que mi Julián le hace ese trabajo y a buen precio... Le conviene, so tonta, ¿qué sabes tú?

SUSANA.— No; si por mí, mira tú... Pero es que... Calle, que ahí viene... (*Entra JULIÁN con unos papeles en la mano y SUSANA disimula.*) ¿Sabe usté quién ha estao aquí hoy? El Felipe...

JULIÁN.— (*Saludando.*) Hola, madre...

SEÑÁ RITA.— (*Sin devolverle el saludo, pero observándole.*) ¿Qué Felipe?

SUSANA.— El de la Mari-Pepa...

Señá Rita.— Ah, sí...

SUSANA.— Acaba de marcharse. Que te diga Julián: está sin trabajo, el chico que se lo llevan pal África... ¡Qué sé yo...!

SEÑÁ RITA.— (*Suspirando.*) Ay..., no sé qué va a ser de nosotros. Están los tiempos de una manera, que no sé. Pa hacer ascos a nada... (*A JULIÁN, muy serpentil.*) ¿Qué, Julián, qué pasa?

JULIÁN.— (*Que corrige algo en sus papeles sentado tras el escritorio.*) Déjeme ahora, que estoy con esto...

Señá RITA.— Si queréis iros, ya me quedo yo... La chica ha venido ya del colegio. Está estudiando. ¿Oyes, Julián?

JULIÁN.— Ahora termino...

SEÑÁ RITA.— (*Hablando como una profetisa.*) Ya ves tú el Felipe..., qué mala suerte. Pero tanta política y tanta historia. Lo que hay que hacer es trabajar en lo que salga, eso es lo que pasa. Porque las cosas se están

poniendo que pa qué... Y los precios, jajay... ¿Qué dirás, Susana, que me han cobrao hoy por media docena de huevos? Dos pesetas con veinticinco céntimos pa que el diablo no se ría de la mentira. Mira lo que te digo. He ido a la plaza con un duro y mira lo que me ha sobrao... *(Abre el bolso.)* Una, veinte... Pa que este tonto *(Señalando al JULIÁN.)* se ande con melindres y trabajando pa los socialistas y pa los sindicalistas y la madre que los parió... Ya ves tú, el pobre Felipe... Pues espera, espera y ándate con pamplinas y verás. El párroco de San Andrés dice que...

(JULIÁN levanta la cabeza airado en el momento en que se oscurece totalmente la escena.)

MOMENTO CUARTO

Un día de invierno de 1921. Por un andurrial del Madrid entristecido por la derrota de Melilla, pasea una pareja compuesta por una mujer ya cuarentona. Un tanto ajada, pero que conserva frescura y prestancia en su caminar; viste ropa vieja, pero limpiísima: un mantón sin flecos, un pañuelo blanquísimo a la cabeza y unos zapatos viejos pero brillantes y lustrosos. La acompaña un viejo canoso, encorvado, que se apoya en su bastón. De lejos llega el pasacalle que tocan en un organillo y que difunde, en la tristeza de la tarde, una alegre melodía bélica, pimpante, que nos habla de la lucha africana con un tierno romanticismo. Es el pasacalle de la «banderita». La mujer se deja caer en un banco y el viejo la acaricia la barbilla.

SERAFÍN.— ¿Estás muy cansá, Mari-Pepa? Anda, mujer..., un tironcito más y nos llegamos al café...

MARI-PEPA.— No puedo más, señor Serafín...

SERAFÍN.— Un «cafelito y media» nos resucitará, mujer...

MARI-PEPA.— Ay, no puedo más, señor Serafín. Se lo digo yo...

SERAFÍN.— Pero si hace un frío que pela, mujer, y se está haciendo de noche...

MARI-PEPA.— ¡Ay...!

SERAFÍN.— Mujer, no suspires así, que me partes el corazón. *(Se sienta junto a ella.)* ¿Qué pueo hacer yo?, dita sea la... Si un servior tuviá veinte años menos..., ¡dita la...!, ibas a ver tú cómo me iba a agenciar yo ese dinero cómo y cuando fuera, con tanto mangante como la derrocha: pero ¿aónde va este vejestorio? A pudrirse cuanto antes...

MARI-PEPA.— ¡Ay, ay!... ¡M'han matao al chico, m'han matao al chico, señor Serafín...!

SERAFÍN.— Calla, leñe; calla de una vez y no me estrujes más de lo que estoy. Que también tú llamas a la desgracia...

MARI-PEPA.— ¡No..., si le paece a usted, con el desastre que ha habío, es pa hacerse ilusiones...!

SERAFÍN.— Mía tú, Mari-Pepa, que los papeles mienten mucho y el gobierno más. Que no pue ser, leñe, que no pue ser; que alguno ha tenío que contarlo, amos digo yo...

MARI-PEPA.— ¡Ya!... y conque mi chico no lo cuenta, ¿a mí que me importa...? *(Saca el pañuelo y se cubre la cara.)*

SERAFÍN.— Pero ¡demonio de mujer!... tamién... ¿Cómo te podía yo convencer de que?...

MARI-PEPA.— *(Desolada.)* ¡Está muerto, señor Serafín, muerto y criando malvas, mi hijo e mi corazón!... ¡Ayyy...!

SERAFÍN.— *(Muy digno.)* Bueno, mujer, repórtate y no llames la atención, que bastantes penas tie ca quisqui pa que tú...

MARI-PEPA.— ¡Soy su madre, le he traío al mundo, pa que ahora me lo maten! ¿Encima no voy a llorar? ¡Pues lloro, y rabio, y pataleo, y ganas me dan de plantarme en el mismo Palacio Real, pa que usted se entere, y tirarme a la cara de ese mameluco que tenemos por rey y decirle, decirle..., ¡madre mía!..., decirle: hijo e la gran puta, devuélveme a mi hijo, que lo has llevao al mataero, tísico, peazo e tísico, que porque tú no has tenío más que...

SERAFÍN.— ¡Mujer, calla...!

MARI-PEPA.— ¡Que porque tú no has tenío más que renacuajos no permites que las demás tengamos hijos sanos...!

SERAFÍN.— ¡Mujer, que...! ¡Ten cuidao...!

MARI-PEPA.— *(Llorando desolada.)* Se dice pronto..., amos, que se dice pronto. To por el cochino dinero, por no tener una cochina perra pa redimirle, mientras otros lo tiran. ¡Un hijo, que se dice pronto!, ¡un hijo, señor Serafín...! *(Se refugia en el pecho del viejo y solloza amargamente mientras éste la acaricia.)*

SERAFÍN.— Pobre, pobre..., si yo te comprendo. ¿Qué me vas a decir a mí, mujer? Pero si uno es un desgraciao, que tie que vivir con una miseria e

pensión, que ni pa fumar me alcanza... Si yo hubiá tenío ese dinero, ¿de cuándo te iba yo a ver así?

MARI-PEPA.— ¡Ay!..., no me diga usted eso, que entoavía me hace sufrir más. ¡Ay, señor Serafín, déjeme que me tire por el viaducto...!

SERAFÍN.— ¡Calla, boba, calla! ¡Calla y espera, y confía, que too no van a ser desgracias. El hecho e que no tengas carta del chico no tie na de particular...

MARI-PEPA.— ¿No?... ¿No? (*Enfureciéndose cada vez más.*) ¡Catorce días sin tener carta después de la carnicería que ha habío en Melilla!... ¡Ay, agüelo, entoavía me va a hacer usted que me dé un ataque y me tire por el viaducto...!

SERAFÍN.— ¡Pero boba, ten un poco e racicinio, leche! Catorce días sin carta, ¿y qué? ¿Te crees tú que dempués de un desastre así va a funcionar el correo como es debió? Cuando ni en tiempo normal llegan las cartas cuando tien que llegar...

MARI-PEPA.— Claro que no llegan, ¿cómo van a llegar? Si los muertos no escriben cartas. ¡Ay, hijo e mi corazón...!

SERAFÍN.— Y pon, un suponer, que lo haigan hecho prisionero. ¿Cómo iba a escribir?

MARI-PEPA.— ¡Pos vaya un consuelo que me da usted! Pos si lo han hecho prisionero, si lo han hecho prisionero, peor que si se hubiá muerto, con lo creminales que son los moros...

SERAFÍN.— Calla, mujer, calla, que más de una madre mora estará como tú. ¿O es que las moras no son madres?

MARI-PEPA.— (*Levantándose.*) ¡Yo me tiro por el viaducto, déjeme usted...!

SERAFÍN.— (*Sujetándola.*) Pero ¿te quies estar quieta?

MARI-PEPA.— Y pensar que con cuatro cochinos cuartos se había arreglao to, y que tanto hijo de mala madre está por ahí, emborrachándose, mientras los hijos e los pobres crían malvas en Melilla. ¡Yo me tiro por el viaducto, o hago una barbaría...!

(En este punto aparece un guaja, el ORGANILLERO, con un platillo en demanda de limosna.)

ORGANILLERO.— Una voluntá, por el amor de Dios...

MARI-PEPA.— ¡Ojalá se metiera usted el organillo aonde le cupiera...!

SERAFÍN.— *(Al ORGANILLERO.)* Vamos, vamos, hombre, lárguese. ¿No ve que...?

ORGANILLERO.— Sin ofender, ¿eh?, sin o-fen-der...

SERAFÍN.— Pero ¿no ve usted que esta señora tie un hijo en Melilla?, y entoavía viene usted con pasodoble patriotero. ¡Vamos, hombre...!

ORGANILLERO.— Bueno, pero sin ofender, ¿no? Un servior se gana la vía así, como se la podría ganar de otra manera, un suponer, y uno píe la voluntad, y si no hay voluntad, pos con decir que Dios l'ampare, sanseacabó; pero na de ofender, amos digo yo...

MARI-PEPA.— ¡Pero hay que ver! Encima entoavía lo que tie una que soportar...

ORGANILLERO.— Pos si usted tie un chico en Melilla, tamién yo a un sobrino, ¡mía ésta!, y un cuñado, y entoavía con el frío que pela vaya usted tocando el pasodoble por ahí, pa encima soltarle a uno los perros...

MARI-PEPA.— Pero ¿por qué no se acabará el mundo?

SERAFÍN.— Oiga usted...

ORGANILLERO.— Na, hombre, na, si uno s'hace el cargo, hombre. Y qué más quisiera uno, jolines; pero amos que uno va sin ofender...

(Se acerca ahora una mujer que vende lotería.)

LOTERA.— ¡Mañana sale!... Sale mañana... ¿Qué pasa, Canijas?

ORGANILLERO.— Na, que porque uno se acerca con too respeto a demandar una limosna; que ni que uno hubié quería robarles...

SERAFÍN.— *(Tirando de la MARI-PEPA.)* Amos, amos, mujer, vámonos..., que no estamos pa monsergas...

LOTERA.— ¿No me compra un decimito? Sale mañana. El gordo, el de la suerte...

MARI-PEPA.— ¡Suerte, suerte! La negra es la que tengo yo...

LOTERA.— *(Que ha sido informada brevemente por el ORGANILLERO de lo del chico en Melilla.)* Ay, señora, ya me hago el cargo, ya que tamién tengo yo dos, ya ve usted, dos, en Melilla; pero ¿qué lo amos a hacer? Es nuestro sino...

MARI-PEPA.— *(Enternecida.)* ¿Dos tie usted? ¿En Melilla?

LOTERA.— Sí, señora, dos... *(Se limpia con el pañuelo las lágrimas.)*

MARI-PEPA.— ¿Y no sabe usted lo que ha pasao?

LOTERA.— ¡Qué voy a saber!... Pero ya se sabe pa lo que tie hijos una...

MARI-PEPA.— ¿Y están, por un casual, en el Regimiento e Cazadores de Linia?

LOTERA.— En el mismo Melilla, señora, allí... ¡Ay!... Pero no me pregunte usted, porque... *(Estalla en sollozos y la MARI-PEPA le corresponde. Se organiza una lloriquera por todo lo grande. El ORGANILLERO y el señor SERAFÍN no saben qué hacer.)*

ORGANILLERO.— *(Quitándose la gorra y rascándose la pelota, por decir algo.)*
Lo que son las madres.

SERAFÍN.— Y usted que lo diga...

ORGANILLERO.— Y ellos estarán bien repantigaos.

SERAFÍN.— ¿A ellos qué les importa?

LOTERA.— *(Limpiándose las lágrimas.)* Pero con llorar no arreglamos na...

MARI-PEPA.— Se desahoga una, na más...

LOTERA.— Diga usted que sí... Y usted, entoavía, tie quien mire por usted; pero ¿y una servidora? Viuda, ya ve...

SERAFÍN.— Y siendo viuda, ¿se la han llevao los dos hijos?

LOTERA.— *(Aumentando los sollozos para disimular.)* ¡Y vaya usted como un perro por la calle, vendiendo décimos, arrecía e frío...!

ORGANILLERO.— ¿Pos y un servior?...

LOTERA.— *(A SERAFÍN.)* Ande, señorito, *(Se limpia las lágrimas.)* cómpreme un decimito, a ver si Dios le da la suerte y...

MARI-PEPA.— Yo lo que quiero es saber de mi hijo, que llevo catorce días, catorce, sin carta, con lo que ha habío allí...

SERAFÍN.— Bueno, mujer...

ORGANILLERO.— Respective a eso, ya se sabe que el correo tarda...

LOTERA.— Eso sí...

SERAFÍN.— *(A MARI-PEPA.)* ¿No te digo yo, mujer?

LOTERA.— Mire, cómpreme el decimito y a ver si así... Que no me he estrenao, que no me he podío tomar ni un café caliente...

SERAFÍN.— Comprenda usted, mujer, que no estamos pa decimitos...

MARI-PEPA.— *(A la LOTERA.)* ¿Y usted sabe de sus chicos?

LOTERA.— ¿Yo? ¡Huuu...! Si a mí no me escriben. ¿No ve que no sé de letra? Pero es lo que digo: si algo les hubiá pasao, ya me lo hubián mandao a decir...

SERAFÍN.— *(A MARI-PEPA.)* ¿Lo ves, mujer?

ORGANILLERO.— En eso llevas razón, porque así le pasó a la Teodora, la del alabardero, cuando su hermano desapareció con lo del general Silvestre...

SERAFÍN.— Se lo comunicaron los jefes...

ORGANILLERO.— Natural. La misma comendancia la mandó a decir que el su hermano que se encontraba desaparecido. Cuando lo del general Silvestre...

SERAFÍN.— (*A MARI-PEPA.*) Claro, mujer..., ¡tamién tú, con la manía de ver las cosas negras...!

LOTERA.— No sea usted así, mujer, que con eso tampoco adelanta na...

MARI-PEPA.— Pero si a mí me escribía toas las semanas...

LOTERA.— Ya verá usted cómo no le ha pasao na. Dios no lo quiera... Ande, señorito, cómpreme el decimito...

MARI-PEPA.— Dios la oiga...

SERAFÍN.— ¿A ver el número? Un 15, no es feo del too...

MARI-PEPA.— Sí que es bonito, sí...

LOTERA.— (*Cortando el décimo.*) Y le va a traer la suerte. Fíjese lo que le digo. Mañana le toca el gordo y tie noticias de su hijo. Acuérdesse de lo que la digo. La Macaria soy, de la «cae la Encomienda», pa que si tienen una voluntad, mañana me busquen...

MARI-PEPA.— (*Tirando a SERAFÍN.*) Bueno, bueno, vamos...

LOTERA.— Pero ¿se cree que hablo de mentira?

SERAFÍN.— ¡Mía que si fuera a ser verdá...!

ORGANILLERO.— Las corazonás nunca traicionan...

SERAFÍN.— ¡Mía que si...!

MARI-PEPA.— No haga tonterías, agüelo...

SERAFÍN.— Calla, tonta. (*Saca una cartera mugrienta.*) Traiga acá, buena mujer...

LOTERA.— (*Entregándole el décimo.*) Aquí tiene, y ya pue ponerlo junto a la imagen de la Virgen de la Paloma, que le va a traer a usted el gordo, y a su chico, tan gordo como el premio. La Macaria soy, de la cae la Encomienda. Pregunte, pregunte quién lleva la suerte...

MARI-PEPA.— ¡Ay, agüelo, usted tamién! ¡Como le sobra...!

SERAFÍN.— (*Guardándose el décimo y sonriendo.*) Calla, calla, que Dios aprieta pero no ahoga. Tome usted, buena mujer... (*Da una propina a la LOTERA y ésta besa la moneda.*)

LOTERA.— ¡Gracias que me he estreno! Siempre con buena gente...

SERAFÍN.— (*Al ver que el ORGANILLERO le tiende el platito con clara intención.*)

Toma, pa ti tamién; pero no toques esa marcha melitar y toca algo alegre...

ORGANILLERO.— Ahora toco la Corte e Faraón. ¡Abur y mucha suerte...!

LOTERA.— Y no se le olvide que soy la Macaria la de la Encomienda. ¡Que no se olviden de una probe...!

SERAFÍN.— *(Alejándose con la MARI-PEPA.)* Descuide usted, que no ha topao con gente desagradecía...

MARI-PEPA.— Y que sus hijos vengan con bien, también...

LOTERA.— Dios la oiga... *(Desaparecen la MARI-PEPA y el señor SERAFÍN.)*

ORGANILLERO.— Voy a darle a la Corte e Faraón...

LOTERA.— La suerte que tien algunas, ¿has visto? Lo llama agüelo; pero pa tu agüela, que aquí no cuela. Un buen apaño. Lo que una necesitaba...

ORGANILLERO.— Lo que tú necesitas es el pie e paliza que te voy a arrimar con la badila, como vayamos a parar a la treña por tu dichosa manía de vender lotería falsificá...

LOTERA.— *(Yendo detrás del ORGANILLERO.)* ¡Jaja!... Si te paece comeremos de lo que tú haces... ¡dándole al manubriu! *(Hace un gesto circular con la mano, que termina en un papirotazo en la gorrilla grasienta del guaja. Inmediatamente suenan los pimpantes sonos del «Babilonio que marea».)*

MOMENTO QUINTO

Final de la década de los veinte. Madrid se «aerodinamiza» en todos los sentidos. Una fulgurante Gran Vía neoyorquina, con conatos de rasca-cielos y almacenes rutilantes, con bares americanos, la atraviesa como un cuchillo. Al compás del progreso urbanístico camina el progreso mental e ideológico de sus habitantes. La dictadura –dictablanda, como dijo el otro– del castizo Primo de Rivera está haciendo agua. El movimiento anarquista se enseñoorea de los núcleos obreros, las huelgas se multiplican. El sector socialista, a través de la UGT, realiza positivos avances. La República se cuece rápidamente. El antimilitarismo cunde, etc., pero en el «pueblo de Madrid» todo esto se traduce confusamente en ráfagas de apasionamiento, de alegría incontrolables. Algo atraviesa el ambiente que lo llena de euforia y fe en un inmediato porvenir. Y así, una mañana soleada de domingo, con olor a lilas de la Casa de Campo, lilas preprimaverales, vemos un rincón de la europeísimas calle de Alcalá, envuelta en los inefables dones del aire de la meseta, aún no mancillado más que por algún pesado automóvil de marca Hispano-Suiza, que hace ya la competencia a simones y berlinas. Un viejo limpiabotas, con gorrilla grasienta y pañuelo al cuello, se afana dando brillo al charol lustroso de un muchachito veinteañero, que parece un figurín y que además viste de esmoquín y se peina como los galanes cinematográficos de moda (Ramón Navarro, por ejemplo), con mucho fijador en el pelo. Pasan SOLDADOS en uniforme dominguero, criadas, señores apresurados. Se vocea la lotería («mañana sale»), la FLORISTA viene y va ofreciendo lilas de la Casa de Campo. La voz aguardentosa del VENDEDOR DE PERIÓDICOS vocea «La Libertad», el «ABC», «El Sol», «El Socialista», etc., con citación de

algún titular sensacionalista que el director de esta escena dominguera escogerá a capricho. Una mañana, en fin, optimista y venturosa.

EL PICHÍ.— *(Que es el muchacho agraciado, que se hace limpiar los zapatos por el VIEJO.)* Déjelo ya, padre, que están chanchi...

FELIPE.— *(El limpiabotas.)* ¡Quita allá, chico! Déjame tú a mí, que te se note la clase... Los espejos del «Palas» no van a ser na comparao con estos espejos, ninchi... *(Frota con rabia, con toda su alma.)*

EL PICHÍ.— A ver si ahora me va usté a jorobar el charol...

FELIPE.— *(Echando aliento a los zapatos de su chico.)* Pos ahí está, que el charol es más traicionero que el reúma...

EL PICHÍ.— *(Intentando quitar el zapato del soporte.)* Bueno, que ya vale, que me las tengo que pirar...

FELIPE.— *(Sujetándole el pie.)* Te esperas...

EL PICHÍ.— Mire usté que me van a echar en falta y que estoy haciendo méritos...

FELIPE.— *(Mirándole a la cara sin soltar el trapo y cayéndosele la baba al ver a su chico tan guapito y apuesto.)* ¿Haciendo méritos tú? ¡Si tú eres un mérito encarnao, chavea! Si sólo con estar tú a la puerta el «Palas», prestigias el local... ¡Amos que...!

EL PICHÍ.— Pues no se fíe, padre, que lo mismo salen pares que nones. Que estoy de prueba na más y que hay mucha competencia pa quedarse fijo en el Palas...

FELIPE.— ¿Competencia? ¿Competencia? ¡Amos, no me hagas reír, que se me salta la faja! ¿Quién va a competir contigo? ¡Como no fuera Rodolfo Valentino...!

EL PICHÍ.— Pues imagínese usté que ahora han puesto un negro de portero y se lo llevan de calle...

FELIPE.— *(Alelado, con el trapo en el aire.)* ¿Un negro?

EL PICHÍ.— Un negro, ¡como ahora está de moda...!

FELIPE.— ¿Y van a compararte a ti con un negro? ¡Amos, calla chaval! ¡Un negro! Si los negros sólo sirven pa vender lotería, y aún. No; ¡si ya digo yo que...!

EL PICHÍ.— Bueno, padre, déjeme usté ya. Mu bien limpiaos.

FELIPE.— Hombre, tú verás... ¿No me iba a esmerar?

EL PICHÍ.— Me los ha dejao que ni pa bailar el «charles»...

FELIPE.— Ea, ya te pues marchar. Y que tengas cuidao con esas lagartonas que andan por allí...

EL PICHÍ.— (*Dando un beso a su padre.*) Ele, y ya sabe usted que tie pagá una copa e cazalla en el Bar Cocktail...

FELIPE.— Ahora iré a tomarla. (*Guarda las cosas en la caja.*) Y ya te digo, tú pisa fuerte, que pa eso llevas pinreles de bailarín... A ver si hay un negro que... (*Se detiene porque ante él se ha parado un caballero elegante, que viste abrigo con cuello de piel, guantes y lleva un bastoncillo en la mano. Se toca con sombrero flexible.*) ¡Ahí va, mi madre!... Pero ¿quién está aquí?

JULIÁN.— (*Que no es otro el tal caballero maduro.*) ¡Eh!... tú, a ver ése, que no se escape. (*Lo ha dicho por el PICHÍ, que ya hacía mutis.*)

FELIPE.— ¡Sí, sí...! ¡Eh, tú, Pichi, vente p' acá... !

PICHÍ.— (*Volviendo.*) Que llevo prisa, padre...

FELIPE.— (*Cogiendo al PICHÍ con mucho miramiento por la muñeca, luego de restregarse la mano en el pantalón y presentándole como quien presenta un maniquí.*) ¡El Pichi...!

JULIÁN.— ¡Jooo...lines y vaya mozo que ties, Felipón...!

FELIPE.— (*Haciendo un gesto sonándose las narices con un gran pañuelo.*)
Mira...

JULIÁN.— (*Dando la mano al PICHÍ.*) Chiquillo..., hay que ver; yo que t'había visto en pañales y ahora te veo convertido en artista de cine...

PICHÍ.— Mucho gusto...

FELIPE.— (*A su hijo, con cierto lejano desprecio.*) Es el señor Julián, un... (*Luego de una leve pausa.*) buen amigo de tu padre... ¡Y un señor...!

JULIÁN.— (*Echando el brazo por el hombro del PICHÍ.*) Y un amigo tuyo, hombre, y otro padre también. ¡Menuda envidia me está dando tu padre ahora...!

(El FELIPE, indiferente, se había vuelto a arrodillar y sacaba los capillos del estuche. Para servir al JULIÁN.)

FELIPE.— (*A su hijo.*) ¿No te tenía que ir? Que no vayan a llamarte la atención, hijo.

PICHÍ.— (*Al JULIÁN.*) Usted perdone; pero es que trabajo aquí, en el Palas, y he salido sólo un momento... Hasta más ver...

JULIÁN.— Adiós, pollo... *(Le sigue con la vista mientras coloca el pie en el soporte del estuche y el FELIPE se pone a cepillar su zapato.)*

FELIPE.— El muchacho está de meritorio en el Palas. A ver si consigues quedarse fijo.

JULIÁN.— *(Dando un cogotazo cariñoso al FELIPE.)* ¡So guaja!..., qué callao te lo tenías...

FELIPE.— *(Haciendo un gesto de esquivar el cogotazo.)* Too no van a ser desgracias, Julián de mi alma, y dempués de haber tenío la negra con aquel pobre que me lo mataron en Melilla, hubiá estao güeno que tamién éste s'hubiá malograo...

JULIÁN.— ¿Malograo? Di que éste va camino de la gloria. ¡Y listo que se le ve!...

FELIPE.— ¡Y güeno, el pobrecillo! Un peazo e pan, que propina que le dan, propina que entrega a su madre o a mí. Uno tie que hacer esfuerzos pa que lleve un real en el bolsillo. Ya ves tú, teniendo que alternar...

JULIÁN.— Vaya, vaya... ¿Y la Mari-Pepa?

FELIPE.— Aperreá la pobre. Lavando ropa. Hoy ha ido a entregar... ¿Y la tuya qué?

JULIÁN.— Un poco resfriada, por eso no ha salido hoy...

FELIPE.— ¿Y la chica? *(Esta pregunta parece hacerla con cierto tono malévolo.)*

JULIÁN.— ¡Bah!..., tan delicá y tan poca cosa... Lo que es esa chica: un aburrimiento.

FELIPE.— ¿No tie novio?

JULIÁN.— Qué va a tener. ¡Si es más cortá! Menúa pareja haría con tu chico...

FELIPE.— *(Que ha levantado la vista con un fulgor de orgullo.)* ¡Bueno..., pa broma, bueno!... Díselo a tu Susana y verás...

JULIÁN.— ¡Si por mí fuera! Ya sabes que eso de las clases, y máxime ahora...! Y qué coño, que los dos hemos salido del pueblo...

FELIPE.— Pero tú... te has redimido...

JULIÁN.— Nequaquam... *(No me des tanto tinte, tú.)* Yo, como siempre, en la cuerda floja.

FELIPE.— Con un chalé en la sierra y un automóvil que t'has compraó...

JULIÁN.— Eso lo has soñado. Lo del chalé..., si llamas chalé a la cabaña que hicimos pa que a mi chica la diera el aire de la sierra, pase. Pero de coche automóvil, na...

FELIPE.— Como decían que...

JULIÁN.— Decían, decían... Ya las iba dar yo a todos éstos. Que me rasquen en la cuenta el banco, tal y como andan los tiempos. Bueno, oye, antes que se me olvide, ¿has hecho aquello?

FELIPE.— Ya están casi toas repartías. Me queda aquí un montoncito... (*Abre la caja y muestra un montón de octavillas.*)

JULIÁN.— No, si no digo eso. Lo de las entradas...

FELIPE.— ¡Ah, es verdá! Lo de los toros... Me s'había olvidao; pero no te preocupes que hoy al mediodía ties las entradas...

JULIÁN.— Es que no me quiero perder ese mano a mano del siglo...

FELIPE.— Tú verás. Rafael el Gallo y Belmonte. Ahora que lo que es menda, dende que acaeció lo del pobre Joselito, pa mí s'han acabao los toros...

JULIÁN.— Bueno. Tú me proporcionas dos tendíos del seis.

FELIPE.— Pierde cuidao, que al mediodía las ties reservás, por más que tenga que pegarme con el guardia. Menúa cola había esta mañana...

JULIÁN.— Y esos papeles, cuanto antes los termines, mejor...

FELIPE.— Esta noche me doy una vuelta y los finiquito...

JULIÁN.— Y prepárate pa hacer algo más sonao...

FELIPE.— Lo que tú mandes...

JULIÁN.— Sabrás que me voy a presentar a concejal...

FELIPE.— No me choca. Tú haces carrera...

JULIÁN.— Na más pa dar en los dientes a los carcas. En la candidatura socialista. Sopas con hondas les vamos a dar. ¡Al tiempo...!

FELIPE.— Se hará lo que se pueda...

JULIÁN.— Y tengo que decirte que en la Casa están muy contentos de ti.

FELIPE.— Se cumple...

JULIÁN.— (*Dándole otro cogotazo.*) Estamos orgullosos de ti, y a ver si te cuidas...

FELIPE.— A mí no me parte un rayo. Ya ves tú ayer, que te lo diga la parienta, cuarenta de fiebre con el dichoso «soldaíto e Nápoles» y hoy aquí me ties, dándole brillo al personal...

JULIÁN.— Siempre has sio así. Y no será por lo que has pasao.

FELIPE.— Tú me conoces. Las he pasao de toos los colores. Pero lo peor fue la muerte del José Luis. No haberlo podido redimir por falta e cochino dinero...

JULIÁN.— (*Ensombrecido.*) A propósito e dinero... Te daré lo de las entradas y el pico que te debe la Casa...

FELIPE.— Bueno, bueno..., no te precipites, Julián...

(*En este momento llega la FLORISTA y, sonriente, coloca un ramito de lilas en la solapa del abrigo peludo de JULIÁN.*)

FLORISTA.— (*Tratando de meter un ramillete en el ojal.*) ¡Ay, señorito..., qué dificultoso viste...!

FELIPE.— Déjalo, mujer, no me espantes la clientela...

FLORISTA.— Tú te callas.

JULIÁN.— Pero, oye, chiquilla, ¿me pones lilas como si estuviera muerto?

FLORISTA.— Sí, sí, muerto. Usté las resucita con esos ojos y esos bigotes que parece el capitán Sánchez. Ande, lléveme ese ramito, que alguna se lo agradecerá... (*Le ofrece un ramo de lilas.*)

JULIÁN.— Pero, mujer, ¿aónde voy yo con esas lilas?

FLORISTA.— Como que no faltará alguna que se las solicite...

JULIÁN.— Bueno, bueno, guárdate las lilas y toma...

FLORISTA.— (*Cogiendo la moneda.*) Gracias, generoso...

(*Al reclamo llega la LOTERA.*)

LOTERA.— Señorito..., la suerte pa usté... (*Le corta tres décimos.*)

JULIÁN.— Lo que es esta vez no me engañas, Macaria.

LOTERA.— ¿De cuándo le he engañao yo a usté?

FELIPE.— De cuándo no has engañao a nadie, di mejor...

JULIÁN.— Se dice pronto. Con lo que te tengo jugao y nunca ni un pellizco, ni la pedrea.

LOTERA.— Pues esta vez va a verlo usté... (*Trata de meterle los décimos en el bolsillo.*)

JULIÁN.— ¡Quita, quita!... Si no llevo dinero suelto además...

LOTERA.— Pos si no hay suelto, lo habrá atao...

JULIÁN.— Bueno, mira, como no me toque esta vez, ya te pues despedir. Anda, toma...

LOTERA.— *(Cogiendo el dinero.)* Que Dios se lo pague, y luego no me venga amonestando, que la suerte es la suerte. Y usted ha nacido pa tener suerte. Y pensar que el primer día lo había yo tomao por uno de la «secretas», con esos aires. Con lo castizo que es el tío. ¡Mañana sale...!

(Se ríe el JULIÁN. Saca los billetes del bolsillo, cuando la LOTERA ya ha salido; corta un décimo y se lo da al FELIPE.)

JULIÁN.— Toma, Felipe, a ver si es verdá, hombre. A ver si tenemos un poco e suerte...

FELIPE.— *(Con escepticismo.)* Andá, bueno...

JULIÁN.— Yo pagaba las deudas y tú te ponías en casa...

FELIPE.— No caerá esa breva... ¡Y la Macaria, menuda!... Bueno, mersi...

JULIÁN.— Ea, ya está bien de brillo. Mu bien limpio. Un maestro eres en esto, como en too en lo que te pones. Manos de plata tienes, Felipón... ¡Toma!... *(Le da unos duros.)*

FELIPE.— ¿Qué me das aquí?

JULIÁN.— Lo de los toros, el pico que te se debía, y el servicio...

FELIPE.— *(Poniéndose de pie.)* Del servicio, na. Ya sabes que los zapatos te los limpio gratis. Y lo otro, pues...

JULIÁN.— Anda, anda, guárdate eso y no demos escándalo. Pa ti, que te lo mereces...

(Echa a andar y el FELIPE va detrás de él para devolverle una moneda.)

FELIPE.— Julián, que me enfado... ¡Que no me conoces! Que..., ven acá... *(Le tira del bolsillo.)*

JULIÁN.— Oye, tú, que me descoses el bolsillo...

FELIPE.— Que no me da la gana, que las entrás valen menos, que no me tomes por lo que no soy...

JULIÁN.— ¿Te quies estar quieto ya? ¡Que no lo quiero, ea...!

(Aparece un SARGENTO DE HÚSARES tintineando las espuelas y se acerca al JULIÁN.)

HÚSAR.— ¿Qué pasa? Caballero, ¿le molesta esta sujeto?

(Se quedan los dos patitiesos mirando el mascarón que tienen delante.)

JULIÁN.— Siga su camino, sargento, que sé defenderme solo. Y no se meta en lo que no entiende. Aquí, este señor, donde usted le ve, es mi amigo, ¿cómo mi amigo? Mi hermano, pa que se entere...

FELIPE.— ¡Natural...!

HÚSAR.— Pues usted perdone. Las apariencias engañan...

JULIÁN.— Pues no se fie de las apariencias... *(Al FELIPE.)* Y abur, Felipe, que llevo prisa. No te olvides del encargo. *(Le da otro cogotazo, y sale escapado. El FELIPE, con el incidente, se ha quedado con todo el dinero del JULIÁN en la mano y sólo tiene tiempo de gritarle.)*

FELIPE.— ¡Ya te has salío con la tuya...!

VOZ DEL JULIÁN.— *(Distante.)* Agradéceselo a la autoriá...

(FELIPE se ríe, se vuelve y ante él está el flamante HÚSAR un tanto corrido y con la moral naufragante, que observa el dinero.)

HÚSAR.— Buen cliente tienes, amigo...

FELIPE.— Ése no es un cliente...

HÚSAR.— *(Dándole una palmada en el hombro, que el FELIPE más bien rechaza.)* Bueno, hombre, bueno... Venga, límpiame... *(Coloca la bota enteriza sobre el soporte del estuche, y con la guerrera caída sobre el hombro y el plumero del gorro parece una máscara.)*

FELIPE.— *(Entre molesto y divertido.)* Al punto...

HÚSAR.— A ver si me das un poco de brillo, porque los «machacas», por más voluntad que ponen los pobres... *(Ha sacado un puro y lo ha encendido.)*

FELIPE.— *(Que ha empezado a limpiar las botas del HÚSAR. Luego de una pausa, empieza a hablar con cierta malignidad.)* Hay que ver cómo cambian los tiempos.

HÚSAR.— *(Con una frase hecha.)* Los tiempos adelantan que es una barbaridá...

FELIPE.— Lo digo porque antes las botas de los militares tenían un cuero de lo mejorcito. Y ahora, ¡qué distinto! Se rayan ensegúa. Ya ve usted, con sólo pasar el cepillo...

HÚSAR.— Pues ahora son como las de antes. Ni más, ni menos...

FELIPE.— Me lo va a decir usted, que llevo ya en el oficio algunos años y habré limpiado botas de éstas...

HÚSAR.— Pues éstas, pa que te enteres, son de las de antes; que tienen ya cerca de diez años...

FELIPE.— (*Con inaudita malignidad.*) No hace falta que lo diga, porque están pal arrastre...

HÚSAR.— (*Quitándose el puro de la boca.*) Tú las limpias y te callas, las das brillo fetén, y te guardas los comentarios. ¡Y pobre de ti como no queden a mi gusto...!

FELIPE.— Oiga usted, sin ofender, que yo a usted no le ofendo...

HÚSAR.— Me ofendes con hablarme tan sólo. ¿O es que te has creído que estoy yo pa escuchar tus monsergas? ¡Yo te mando que me sirvas y tú obedeces...!

FELIPE.— ¿Y qué es lo que estoy haciendo, si pue saberse?

HÚSAR.— Hablando más de la cuenta...

FELIPE.— Pa eso tengo la boca...

HÚSAR.— Tengamos la fiesta en paz...

FELIPE.— (*Cepillando con rabia.*) A mí no me amenace...

HÚSAR.— Y te cruzo la cara además, si me place. ¡Pos no faltaba más...!

FELIPE.— Lo veremos... (*Ha dejado de cepillar y da golpes con el cepillo en la caja.*)

HÚSAR.— Por lo visto t'has creído ya que han ganao los tuyos. Por lo visto estáis convencidos de que ya no hay autoridad...

FELIPE.— ¿Sabe lo que le digo? Que ya se pue usted marchar, que yo no le limpio las botas a un chulo, por muy húsar que sea. ¡Pa que se entere! Y que soy un afiliado a la UGT, mire, (*Ha cogido un puñado de octavillas de la caja y lo esgrime ante el asombrado HÚSAR.*) y yo no respeto a los que mataron a mi hijo, ¡a los que mataron a un hijo en Melilla, como si fuera un borrego...! (*Ha empezado a arremolinarse la gente, la LOTERA, la FLORISTA, los VENDEDORES DE PERIÓDICOS.*) ¡A mí no me toque usted...! (*El HÚSAR le ha cogido por el cuello, está enfurecido.*) ¡Que no me toque, le digo...!

HÚSAR.— ¡Eh, guardia, venga p'acá...!

(*Se acerca un GUARDIA de los llamados «romanones», con muy mala gana.*)

GUARDIA.— A sus órdenes, mi sargento...

HÚSAR.— Sírvase acompañarme con este sujeto a la comisaría...

GUARDIA.— ¿Otra vez te has metido en líos, Felipe?

VOCES DIVERSAS.— ¡Pos anda!... ¡Si no ha hecho na!... ¡El probe!... Que tendrá alguna copa de más...

GUARDIA.— ¡Vamos, vamos, abran paso...!

FELIPE.— Lo siento por el Julián, que se queda sin corría...

MOMENTO SEXTO

Es el glorioso 14 de abril de 1931. Estamos en un patio de la calle Ministriles y la recién llegada Segunda República española estaba allí con alegría verbenera. Varios individuos y nubes de chiquillos recorren el patio colgando banderas tricolores, efigies de la «matrona república», muy mal pintadas, con clámide y gorro frigio, y el consabido retrato de los héroes de Jaca, Galán y García Hernández. Los chiquillos, que han salido de la escuela al saberse la entrañable noticia, pasean los banderines, se ponen gorros frigos hechos de papel, y algunos, por no tener qué ponerse, se visten de simples destrozonas carnavalescas. Se llevan más de un pescozón de sus padres, atareados en el ornamento y se meten por todos los rincones. Hay un ruido progresista de martillazos, alegres, interjecciones, himnos deshilvanados y jarana general. Por algún sitio un organillo da la matraca por todo lo alto a base del «himno de «iego», «La Marsellesa» y «La Internacional». Antes de alzarse el telón se oye el vocerío que inunda las calles de Madrid y, entre el estallido de «vivas y mueras», se escuchan distintas letras alusivas a la efeméride.

VOCES.— ¡Alirón, alirón..., Berenguer es un cabrón...!

¡Aliruta, aliruta..., la reina era una puta...!

¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco..., el rey estaba tísico...!

¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho..., el Rey estaba pocho!

¡Uno, dos y tres..., a la mierda Berenguer...!

(Las voces se van alterando sin cambiar el tema. Al iluminarse el escenario se ve la tribu de CHIQUILLOS, que se han

disfrazado sin apenas aludir a la República, salvo con algún gorro frigio hecho deprisa y corriendo con papel morado; reproducen literalmente los estribillos callejeros.)

CHIQUILLOS.— *(Dando la vuelta al patio.)* Aliruta, aliruta..., la reina es una puta... ¡Alirón, alirón..., el rey era un cabrón...!

(Un viejo que parece dirigir las operaciones de ornamentación, plantado en medio del patio, se tapa los oídos. Es el mismísimo señor FELIPE, que parece rejuvenecido.)

FELIPE.— ¡Chicooooos..., a ver si sos calláis ya de una vez y nos dejáis en paz...!

UN HOMBRE.— *(De los que, encaramados a una escalera, clavan ornamentos.)* Déjeles que disfruten... Un día es un día... *(Los CHICOS vociferan que es un gusto.)*

FELIPE.— Pero irse a la calle. ¿Qué hacéis aquí entre cuatro paredes?

OTRO HOMBRE.— *(Que coloca el cartelón de Fermín Galán y García Hernández.)* Usté..., señor Felipe..., dígame si está derecho...

FELIPE.— *(Pasándose la mano por la cara.)* ¿A mí me lo preguntas? Si me están éstos levantando un dolor de cabeza que no veo ni mi sombra...

UN HOMBRE.— *(El que coloca banderolas.)* ¿Aónde habéis metío la bota? ¡Que estoy seco...!

FELIPE.— *(Gritando para adentro.)* ¡Mari-Pepaaa..., a ver esa limoná...!

VOZ DE LA MARI-PEPA.— *(Dentro.)* ¡La estoy haciendo..., joolines...!

FELIPE.— ¡Porque es pa hoy...!

VOZ DE LA MARI-PEPA.— Vosotros con tal de mandar os da igual la República que la Monarquía...

FELIPE.— *(A los chicos.)* ¡Chicos, apartarse de aquí... *(A los hombres que trabajan.)* Iré yo mismo a la tasca; darme la bota...

UN HOMBRE.— Darle la bota... ¿Aónde está la bota? *(El FELIPE busca la bota.)*

UNA VECINA.— *(Que está acodada al barandal del patio y parece contemplarlo todo con cierta sorna.)* ¡Huy, qué bonito...! *(A otra mujer que parece estar enfrente y no puede vérsela.)* ¿Ha visto usté, señá Milagros? Ya tenemos la República. Ahora vamos a ir toos en coche...

VOZ DE LA SEÑORA.— *(Con mucha sorna.)* Sí..., en coche; pero arrastraos...!
(Risas conejiles.)

FELIPE.— *(Que acaba de descubrir la bota del vino, convertida en gorro frigio y pintada de morao, en la cabeza de un chiquillo.)* ¡Pero... trae acá...
(Dando un cachete al chico.) Pero ¿aónde has cogió esto?

UN HOMBRE.— ¿Qué pasa?

FELIPE.— El demonio del chico, que nos ha descompuesto la bota. ¿Pos no se la ha puesto e gorro frigio?... ¡Te daba así...!

LA VECINA SARDÓNICA.— Vaya usted con razonamientos a los críos... ¡Ellos qué saben!

UN HOMBRE.— *(Gritando.)* ¡Teodoraaa!... ¡Tira la bota...!

CORO DE CHICOS.— *(Que apaga los rumores de todos; gritando a voz estentórea, siguen las notas del himno de riego.)*

Si los curas y monjas supieran
la paliza que les van a daaaar...
Subirían al coro cantando:
libertá, libertá, libertáaaa...

(Por fin los chicos salen del patio y se lanzan a la calle con sus estribillos.)

FELIPE.— ¡Por fin!... Vaya un descanso. Estaba viendo que los iba a dar una bofetá, por mu republicanos que sean...

(El HOMBRE 1 y el HOMBRE 2 han bajado de sus alturas y contemplan la obra realizada.)

FELIPE.— Ya poéis descansar, muchachos, que ya está bien...

HOMBRE 1.— Pues pasar...

(El FELIPE ha sacado la tabaquera y lían cigarrillos. Se les une el HOMBRE 3, que iba con el bote de pintura tri-colorando las vigas.)

HOMBRE 3.— *(Que parece puntilloso.)* Pos el cartel esta torció, compadre...

HOMBRE 2.— Pos ponlo tú a derechas...

HOMBRE 3.— Y vas a ver lo que van a tardar en caerse las banderolas...

FELIPE.— Da lo mismo. La cuistión es el primer golpe e vista. Pa cuando venga el concejal durará, si los carcás estos de críos no lo destrozan...

HOMBRE 1.— ¿A qué hora viene el concejal?

FELIPE.— Pal mediodía... ¡Mari-Pepa!... ¡A ver si sos dais prisa...!

HOMBRE 2.— Si es un hombre del pueblo, como nosotros, sabrá desimular, digo yo...

LA VECINA.— (*Con su ironía malsana.*) ¡Y tan del pueblo!... ¡Mía tú el Julián, valiente guaja! Ahí lo ties de concejal...

LA OTRA VOZ.— Y con Rolls-Roice, según dicen...

FELIPE.— (*A los hombres.*) Ni caso. Dejarlas que se chinchén. Bástese que quieren armarla, pos no se las da el capricho...

HOMBRE 1.— Pos ¿querréis saber que estoy cansao? Dende las tantas de la mañana clavando clavos...

HOMBRE 3.— Y yo pintando. Empezamos bien la República, pa que luego digan que too es cuistión de vagancia...

FELIPE.— (*Contemplando el cartelón con Fermín Galán.*) Qué majo ha quedado el cuadro. Faltan las flores. ¡Qué tío, Fermín Galán!... ¡Hay que ver, fusilarle en domingo...!

HOMBRE 3.— (*Que sigue puntilloso.*) Mejor que flores se ponen banderitas.

FELIPE.— Tien que ser flores...

HOMBRE 3.— ¡Flores, flores!..., eso es cosa e reyes y burguesía...

HOMBRE 2.— ¡Porque tú lo digas...!

(Mientras los hombres se enzarzan en esta cuestión simplemente estética hacia derivaciones ideológicas, las vecinas vuelven a su diálogo viboril.)

VECINA.— Pues yo he tenío mucha suerte, porque llevaba tres meses atrasá en el pago el alquiler y supongo que ahora, como no pagaremos casa...

LA OTRA.— Sí, sí..., que se cree usted eso. ¿Se va a creer que éstos atarán los perros con longanizas? ¡Lo va a ver usted...!

LA VECINA.— (*Muy maligna.*) Pues, mujer..., ¿no va a ser verdá eso del reparto social?

(En el bando de los ornamentistas parecen tomarse decisiones.)

HOMBRE 1.— Lo dicho, las flores son cosa de muerto...

FELIPE.— ¡Y bien muertos están los pobres...!

HOMBRE 3.— Eso sí que no. ¡Más vivos que nunca y más gloriosos!

HOMBRE 2.— Habrá que recortar banderitas y se les enguirnalda too el cerco de banderitas colorás...

LA VECINA.— *(Con toda su mala intención.)* Ponéis guindillas a secar y así matáis dos pájaros de un tiro...

LA OTRA.— *(Riendo.)* ¡Hay que ver qué cosas tie ustedé, señá Milagros...!

(Por el patio avanza un viejo enclenque apoyándose en un bastón que reclama la atención de todos. El señor SERAFÍN.)

SERAFÍN.— *(Levantando el bastón y gritando con voz cascada de viejo catarroso.)* ¡Viva la República...!

TODOS.— *(Palmeando.)* ¡Viva, viva...!

SERAFÍN.— ¡Ya la tenemos aquí, muchachos. La gloriosa República...! *(Todos rodean al señor SERAFÍN, dándole los parabienes.)*

LA VECINA.— ¿Ha visto ustedé? A sus años...

LA OTRA.— El pobre, pa lo que le quea e desfrutar...

FELIPE.— *(Al señor SERAFÍN.)* Mire, mire ustedé, señor Serafín, ¿qué le paece?

SERAFÍN.— *(Sin apenas mirar los ornamentos.)* Mu majo, mu remajo too...
¡Viva la República!... ¡Viva la República...! *(Está muy excitado y se ve que trae dos copas de más.)*

MARI-PEPA.— *(Asomándose.)* Pero ¿ha venío el señor Serafín?

SERAFÍN.— Hay que celebrarlo, muchachos, hay que celebrarlo... Mirar lo que sus traigo... *(Saca de debajo de la pelliza una botella de aguardiente.)*

HOMBRE 1.— ¡Pero que mu acertao...!

(Aparece en el patio la MARI-PEPA, que viene furiosa y se encara con el señor SERAFÍN.)

MARI-PEPA.— Pero ¡señor Serafín...! ¿Qué ha hecho ustedé?

SERAFÍN.— *(Abrazando a la MARI-PEPA.)* Muchacha, déjame que te dé un beso, y un abrazo... ¡Viva la República...!

MARI-PEPA.— *(Luego de dejarse abrazar.)* ¡Pero si tie usted un gripazo que no se lame... ¿Por qué no s'ha quedao usted en la cama?

SERAFÍN.— ¡Allí me iba a estar...!

HOMBRE 2.— Lleva razón...

FELIPE.— Mujer, un día tan señalao...

MARI-PEPA.— ¡Dito sea Dios...! Pero ¿no ve usted que va a coger una pulmonía?; métase aquí, en el cuarto y le pongo un brasero...

SERAFÍN.— ¡Anda, mujer, déjame!... Ya con lo que he visto tengo bastante...

MARI-PEPA.— *(En jarras.)* ¡Amos que!... yo preparándole el caldito caliente pa llevárselo y me se planta aquí... ¡Ay...!

LA VECINA.— Déjalo, mujer, que sarna con gusto no pica...

MARI-PEPA.— *(Encarándose con la Vecina.)* A usted sí que la pica...

LA VECINA.— *(Agresiva.)* ¿Qué me pica?, ¿qué me pica?

FELIPE.— *(A la MARI-PEPA.)* Tengamos la fiesta en paz...

MARI-PEPA.— Déjame... *(Volviendo al señor SERAFÍN.)* Señor Serafín, que no me da la gana de que esté aquí, que no quiero tener disgustos...

SERAFÍN.— ¡Mujer...!

MARI-PEPA.— Llévalo pa adentro...

SERAFÍN.— ¡Si estamos en primavera, si esto es primavera! Si no sé pa qué llevo tanta ropa.... *(Empieza a quitarse la pelliça con gran susto de la MARI-PEPA.)*

FELIPE.— ¡Agüelo, no haga usted locuras...!

HOMBRE 3.— Es natural tamién...

(En este punto entra un GUARDIA de los llamados «romanes» y, como el señor SERAFÍN, viene con alguna copa de más. El uniforme señalado y el casco torcido.)

GUARDIA.— ¡Vecinos, viva la República! Aquí está la autoría al servicio del pueblo.

LA VECINA.— *(Dando un grito.)* ¡Andá..., el que faltaba! Y cómo viene mi Robustiano. ¡Oye, sube, que te estoy esperando...!

GUARDIA.— *(Encarándose con la mujer.)* ¡Lo que es eso, «moscastrés»!... S'ha acabao la tiranía. Y espérate pa cuando venga el divorcio...

LA VECINA.— Pero ¿oye usted esto? ¡Robustiano, que a ver si empezamos la República con sangre...!

HOMBRE 1.— (*Acercándose al Robustiano, mientras los demás están con el SERAFÍN.*) Oye, tú..., ¿y entoavía llevas esos escudos y esas coronas?

GUARDIA.— (*Tratando de arrancarse los distintivos.*) Porque no me los pueo quitar... A ver si tú ties más uñas que yo...

LA VECINA.— Pero ¿qué haces? Pero ¿quies echarnos a pedir limosna, so granuja?

GUARDIA.— (*Mientras se deja arrancar los distintivos.*) El pie e paliza que te voy a dar en cuanti que me lo permita el pueblo va a ser de órdago, ¡so metementó!

LA OTRA VECINA.— Ya ve usted la República del Orden...

LA VECINA.— Yo me tendré que tirar por el viaducto con este hombre que Dios me echó.

GUARDIA.— ¡Pues andando ya...! (*Mientras, el otro ha sacado una navaja y le quita las insignias del uniforme.*) La ley del divorcio el primero que la usa es menda... ¡Por éstas...! En el cuartelillo lo estaba diciendo. ¡La que se ha armao, compadre! Yo y otro paisano de Sigüenza hemos llevao la voz cantante. ¡Pues claro! Los de Sigüenza semos más republicanos que naide... ¡A ver...!

HOMBRE 1.— Déjame, estate quieto, que esto está más pegao que el culo el rey en el trono...

MARI-PEPA.— (*Que no ha conseguido convencer al señor SERAFÍN.*) ¡Bueno, allá usted, agüelo!... Sálgase con la suya. Coja usted una pulmonía doble y amárguenos el día...

SERAFÍN.— ¡Que no me pasa nada, mujer! (*Se ha echado la pelliza sobre los hombros.*)

FELIPE.— Un ratito nada más y se mete usted adentro... Tú, (*A la MARI-PEPA.*) enciende un brasero y a ver si avivas eso, que va a llegar el Julián...

MARI-PEPA.— Menos mandar, ¿eh? Menos mandar. Que pa mandar, estábamos bien como estábamos...

GUARDIA.— Lo que es el seso débil va a ser duro de pelar...

SERAFÍN.— Déjame un ratito, mujer, y luego entro...

MARI-PEPA.— A ver si es verdá. ¡No me dé un desgusto, señor Serafín...!

(De pronto un grito. Un jovenzuelo que entra como una tromba en el patio. Viene vestido de esmoquin, pero todo arrugado, despeinado, el lazo roto es el PACHI.)

PICHI.— (*Entrando.*) ¡Padre!... ¡Madreee!... ¡Viva la República...!

FELIPE.— ¡Pichi...!

MARI-PEPA.— ¡Chiquillo...!

SERAFÍN.— ¡Muchacho... !

PICHI.— (*Abrazando a sus padres.*) ¡Viva la República...!

(*Todos rodean ahora al PICHI.*)

MARI-PEPA.— Pero ¿cómo vienes de esas trazas? Pero ¿t'has mirao al espejo?

PICHI.— ¡A ver si hay una copa pa un republicano...!

FELIPE.— ¡Ele con mi chiquillo...! (*Con cierta preocupación.*) Pero ¿qué ha pasao?

PICHI.— (*Bebiendo de la botella de aguardiente que le largan.*) Pos que ya s'ha terminao la esclavitud. ¡Y que ya s'ha terminao el Palas y toos los mangantes, que too es pal pueblo...!

MARI-PEPA.— ¡Pero chicoo...!

PICHI.— ¡Que habemos dao el golpe y se ha terminao! ¡El Palas ocupao! Y la etiqueta ya no sirve. Ahora tos semos iguales y no hay servidumbre. ¡Que ya no soy el botones del Palas...!

HOMBRE 1.— ¡Natural...!

HOMBRE 3.— ¡A ver...!

FELIPE.— ¡Pero bueno...!

PICHI.— Y que más de uno s'ha llevao una tunda por carca; pero que un servior en cuanti que entró la masa, pos eso, que me pasé a la masa. Y ya está... (*Arrancándose una manga del esmoquin.*) ¡Y que ya no quiero esto pa na...!

FELIPE.— (*Cogiendo la manga.*) Bueno, chico, que el traje no tie la culpa...

PICHI.— ¡Que no me da la gana de servir a ningún burgués, ea! Y que ahora me visto de lo que soy, de obrero... ¿Quién me presta un mono?

FELIPE.— Bueno, bueno, sin prisas...

MARI-PEPA.— ¡Huy, madre, qué locura...!

LA VECINA.— (*Que ha vuelto a salir.*) Ciempozuelos en la calle Ministriles...

GUARDIA.— Y un loquero que te va a medir las costillas... (*Desenvainando el sable. Los hombres le sujetan.*)

HOMBRE 3.— (*Que ha ido por un mono de los de peto y se lo tira al PICHI.*) ¡Ahí ties, ninchi, tu nueva indumentaria...!

PICHI.— ¡Mersi! Me desdisfrazo y me visto... Y organizamos la borrachera por too lo alto... ¿Aónde está la Margot?... *(Hace mutis en el tabuco de la vivienda.)*

(Se oye ahora una estrepitosa jarana. Los sones del organillo se agudizan. Vuelven a entrar los críos que terminan de alborotarlo todo. El cartelón con la República se desclava y cae sobre el coco de unos cuantos.)

CHIQUILLOS.— ¡Que viene el concejal!... ¡El concejal!... ¡Viva la República...!

MARI-PEPA.— ¡El Julián, que ya está aquí...!

FELIPE.— *(Corriendo a la puerta.)* ¡Julián, Julián...! *(Todos corren, incluso el GUARDIA, a recibir al personaje.)*

(Aparece el cortejo concejil compuesto por el nuevo concejal republicano por el distrito de la Inclusa, don JULIÁN, que viste un flamante traje a rayas y se toca con un sombrero flexible; en la solapa, una escarapela tricolor. Con él viene su esposa, doña SUSANA, guapetona con un abrigo de entretiempo, de cuello suavemente peludo, como una artista de cine. La hija, la SUSY, vestida de señorita con traje sastre y cuello corbata, la SEÑÁ RITA, vestida de impecable negro, repeinada y ostentando con desenfado antiplebeyo pendientes de brillantes. Varios personajes oscuros de guardaespaldas. Dos fotógrafos que plantan sus trébedes por el patio, preparándose a encender el magnesio rodeados por los CHIQUILLOS.)

GUARDIA.— *(El primero en lanzar el grito, mientras los viejos amigos se abrazan y besuquean.)* ¡Viva el compañero concejal...!

TODOS.— ¡Vivaaa...!

GUARDIA.— ¡Viva el destrito republicano e la Inclusaa...!

TODOS.— ¡Viva...!

(Guirigay de apretones, de abrazos, besos. La SUSANA besa a la MARI-PEPA. Ésta besa a la chica. El FELIPE abraza al JULIÁN, etc.)

HOMBRE 3.— (*Adelantándose hacia la SUSANA y requiriendo el silencio. Lleva una banderola tricolor.*) Señora y compañera... (*Nadie le hace caso y sigue el guirigay.*)

(*El señor FELIPE va de un lado a otro dando abrazos. El señor SERAFÍN gesticula. Los fotógrafos empiezan a tirar flashes.*)

GUARDIA.— (*Enarbolando el sable.*) ¡Haiga orden!... ¡Viva Sigüenza...!

LA VECINA.— (*Junto con otras que han salido al barandal.*) ¡Viva, viva, viva, viva la Pepa!, ¡viva mi tía!... ¡Viva yo!...! ¡Que le den la oreja, que le den la oreja...! (*Todo con retintín.*)

HOMBRE 3.— (*Con la banderola en la mano.*) ¡Señora y compañera!... (*A gritos.*) ¡Señora y coompañeraaaa...! (*El grito «para» a todos.*)

SERAFÍN.— (*En el silencio se oye la última frase de un discurso solitario.*) ... Lo he visto en pañales y me se ha meao encima... ¡Sí señor!... (*Alguien le obliga a callar.*)

HOMBRE 3.— Señora y compañera; señora y compañera: «este compañero en nombre de los compañeros, u séase, de los vecinos de esta casa e la calle Ministriles, siete, u séase, los compañeros, que son más compañeros que vecinos...

FELIPE.— (*Aclarando.*) O pues decir: que son los compañeros-vecinos...

HOMBRE 3.— (*Luego de una mirada desafiante al FELIPE.*) Los compañeros de su señor esposo de usté saludan al concejal de la República y le ofrecen esta bandera tricolor con la sangre de los héroes de Jaca, Galán y García Hernández, como prueba de eso, el republicanismo, u fidelidad, pa lo que sea...! (*Entrega la bandera a la SUSANA entre una salva de aplausos; la SUSANA se seca las lágrimas y dice muy sosa:*)

SUSANA.— ¡Muchas gracias...!

LA VECINA DE ARRIBA.— (*Con sorna.*) ¡Pa las Inacias...!

SUSANA.— ¡Qué ilusión...! (*A JULIÁN.*) ¿Qué te parece?

VECINAS.— (*Piropeando a la SUSANA.*) ¡Guapa!, ¡guapetona!... Viva Madrí que es mi pueblo.

FELIPE.— (*Tirando al JULIÁN de la manga.*) ¿Has visto cómo está el patio? (*El JULIÁN asiente con la cabeza.*)

LA SEÑÁ RITA.— Pos pa dar trabajo a las mujeres que mañana tendrán que fre-gotear too esto...

FELIPE.— Ahora amos a tomar un refresco...

(La MARI-PEPA y otras mujeres sacan jarras de limonada y vino.)

SERAFÍN.— *(Como un energúmeno en medio del patio.)* Callarse, coño, a ver si nos entendemos... *(Un golpe de tos. La MARI-PEPA deja caer un jarro y va a darle golpes en la espalda.)*

JULIÁN.— *(Que se ve obligado a hablar. Levantando los brazos.)* ¡Compañeros, compañeros. *(Decreceñ las voces con bastante esfuerzo, alguien da un sopapo a un niño, que ahora berrea.)* ¡Compañeros, compañeros! *(Aplausos. Vítoreñ. El JULIÁN saluda. La SUSANA y su chica se han sentado y beben un vasito que les ofrecen la MARI-PEPA y otras mujeres.)*

FELIPE.— *(Con un grito estentóreo.)* ¡Silencioooo!... Callarse ya de una puñetera vez...

JULIÁN.— ¡Compañeros...! *(Bajando el tono en un quiebre espectacular.)* Compañeros, viejos amigos míos... ¡Hoy sí que todos somos hermanos..! *(Aclamación general.)* Hoy sí que, en este inolvidable 14 de abril de 1931, los compañeros del tajo somos los compañeros de la vida, es decir, u séase, de la lucha por los más inalcanzables ideales, *(Otro estallido. Flashes de los fotógrafos.)* que hoy ya son nuestros... *(El delirio, vivas. El GUARDIA que grita: «¡Viva Sigüenza!...», etc.)* Pero hoy..., hoy..., este que viene a veros y lo es, Julián, el cajista, no tiene otro timbre de haber nació en este barrio y haber sío el compañero que siempre ha sío... U séase, que concejal u no concejal, un republicano más republicano que nadie... *(Alborozo.)* Y así os digo: ¡Compañeros, a mandar! La primera visita ha sido para vosotros, porque vosotros sois el pueblo y yo soy vuestro mandao. He dicho. ¡Y viva la República...!

TODOS.— ¡Viva!... ¡Viva...!

FELIPE.— Qué carrera va a hacer el gachó en el Congreso...

HOMBRE 3.— Así se habla...

VECINA.— ¡Viva los hombres del pueblo...!

GUARDIA.— Y mueran las mujeres con lengua de víbora...

JULIÁN.— ¡Bueno, y ahora divertirse...!

(Aparece el PíCHI vestido ahora ya con su mono-peto azul y su gorrilla.)

PÍCHI.— *(Al organillo.)* Venga ya, márcate un chotis que poamos bailar en un ladrillo... *(El JULIÁN se adelanta a saludar al PÍCHI rodeado por sus familiares.)*

JULIÁN.— *(Presentando a su chica.)* Aquí ties a mi chica...

SUSANA.— *(Mirando con ojos atravesados la presentación.)* ¡Huy, qué chico tan mono...!

SUSY.— *(Dando la mano al PÍCHI.)* El gusto es el mío...

PÍCHI.— *(A la SUSY.)* ¿Nos marcamos un chotis, guapa?

SUSY.— No sé bailar...

FOTÓGRAFO.— *(Tratando de hacerse oír.)* ¡Señor concejal, señor concejall...!

JULIÁN.— ¿Qué pasa en Cádiz?

FOTÓGRAFO.— A ver si podían arrejuntarse ustedes pa hacer una foto e conjunto pal periódico...

JULIÁN.— Eso ya está hecho... *(Dando palmadas.)* Ea, venirse p' acá, que vamos a hacer un retrato...

SUSANA.— ¡Huy yo, madre mía, con estos pelos...!

MARI-PEPA.— *(Al PÍCHI.)* Y tú con esa facha... Te podías haber dejao el smoking...

PÍCHI.— *(Que se ha emparejado a dos muchachas, coge a cada una del brazo.)*
¿Dice usted facha? ¡Emparejado con dos maravillas del mundo!

(Con mucho trabajo se logran agrupar todos. Algunos acuclillados formando ese conjunto típico de las revistas tipo «Mundo Gráfico».)

FOTÓGRAFO.— *(Ordenando el grupo.)* Vosotros más p' acá... Usté adelántese...

MARI-PEPA.— *(Que ha sacado un mantón alfombrado y se lo echa a la SUSANA.)*

Tú, con mantón, como es debío...

SUSANA.— *(Con cierto disgusto y dejándose desangelado por los hombros.)*

¡Huy, qué detalle más bonito...!

JULIÁN.— ¡Alto!... ¡Alto!... *(Todos callan.)* ¿Aónde está el señor Serafín?

(Gran revuelo. Zozobra de la MARI-PEPA, corren todos a buscarlo. Y lo encuentran tumbado en el suelo durmiendo la mona. Lo levantan mareado.)

MARI-PEPA.— ¡Agüelo! ¡Agüelo!... ¿No lo decía yo? ¿Está usted malo?

JULIÁN.— No es na... La emoción... Ponerlo p'acá...

MARI-PEPA.— Sentarlo aquí.

(Lo sientan en un taburete.)

SERAFÍN.— *(Incoherente.)* Los he tenío en mis brazos..., ¡mamones tos ellos...!

MARI-PEPA.— Estese usted quieto, que va a salir un pajarito...

VECINA.— *(Arriba.)* ¿Y nosotras no semos hijas e Dios, o, por mejor decir, hijas e la República?

JULIÁN.— La que quiera que baje... Ninchi, ¿ties el ozjetivo a punto?

FOTÓGRAFO.— Estoy peinándolo...

PICHI.— *(Emparejado a las dos hembras.)* ¡Tira ya, que no lo resisto...!

(En este momento hace irrupción en el patio la LOTERA Macaria, pero esta vez no vende lotería, sino que rifa una pomposa estatua de «la República».)

LOTERA.— ¡Se rifa!... ¡Se rifa la República!... ¡A diez el número!... ¡Vaya República que rifo hoy...! *(Se detiene al ver el grupo y a los fotógrafos. Un fagonazo tremendo. Alborozo. Vivas. El organillo que marca ya el chotis y oscuridad.)*

MOMENTO SÉPTIMO

En un baile popular y veraniego, allá por la bombilla, el PÍCHI, vestido con su peculiar atuendo de metalúrgico, la gorrilla ladeada, baila un suntuoso tango de moda, y como son varias las gachís que se lo disputan, se ve obligado a cambiar de pareja, ante la envidia de muchos que beben en el tabladillo del bar, o alternan a discreción. Por el gramófono la voz inolvidable de Carlos Gardel. El PÍCHI traza estupendos ochos con los pies al compás del bandoneón, arrastrando a su rendida pareja.

PÍCHI.— *(A la pareja que ahora tiene en turno, una morenaza con un gran lunar en la mejilla.)* Lo bailas fetén, chata...

MARGOT.— ¿Lo dices de guasa?

PÍCHI.— Lo digo porque paeces una pluma...

MARGOT.— Pues agárrame fuerte, ninchi, que no me vuele...

LA TRINI.— *(Una rubia platino de moda.)* Bueno, ya está. Que ya han pasao dos minutos y me toca...

LA MARLÉN.— *(Una aparatosa «vamp» de Lavapiés.)* Me toca a mí, nena...

PÍCHI.— Anda y que te ondulen con la permanent...

MARGOT.— De ésta aprendo el tango a lo chanchi... No me sueltes, Pichi, que me mareo.

LA TRINI.— *(Quejumbrosa.)* ¡Pero si es que me toca...!

MARGOT.— Paciencia...

PÍCHI.— No sulfurarse, que hay pa toas... Y si sus sulfuráis, ya sabéis...

MARGOT.— ¡Lo tomáis con seltz...! *(Se aleja hacia las sombras con su pareja, que subraya la frase con una risita.)*

LA TRINI.— ¡Ay, qué tío...!

LA MARLÉN.— Y cómo abusa ésa...

LA TRINI.— ¿Y tú qué harías en su lugar? Ponte la mano en el corazón, Marlén.

LA MARLÉN.— Pos yo na, porque a mí no me tira el tango, que me tira el chotís, que es lo mío, que pa eso soy de Lavapiés... ¡Ele!... *(Levanta los brazos y se marca unos pasos de chotís.)*

UN RANDA.— *(Acercándose a ella.)* ¡Y ele!... Eso es baile y no lo que se marcan otros, que se las quien dar de modernos. ¿Amos, chata?

LA MARLÉN.— Con esa placa, na. Di que pongan algoailable...

UN RANDA.— Te lo garantizo... *(Va hacia el bar.)*

(Vuelve otra vez la pareja del PICHÍ y la MARGOT.)

LA TRINI.— ¿Entoavía no habéis terminao el tango?

PICHÍ.— *(Al que controla la gramola.)* Dalo otra vuelta, que entoavía estamos en el ABC.

LA TRINI.— Eso sí que no, eso pasa e castaño oscuro, ¡Ahora bailas conmigo el pasodoble del Negro Aquilino...!

PICHÍ.— *(Soltándose.)* Oye, no te me pongas dramática, que te paeces a la Margarita Sirgú... *(Efectivamente, se detiene el tango y suenan los primeros compases del chotís.)*

MARGOT.— *(Enfadada.)* ¡Mira qué bien...!

LA MARLÉN.— *(Que viene corriendo hacia el PICHÍ.)* Mi chotís, ninchi...

MARGOT.— ¡Tu madre...!

UN RANDA.— *(Viniendo hacia la MARLÉN y cogiéndola.)* Me lo habías prometido, chata.

LA MARLÉN.— ¡Quita ya!, ¿de qué...? *(Mientras ellos disputan, el PICHÍ coge el brazo a la MARGOT.)*

PICHÍ.— Anda, amos a refrescarnos un poco, que nos conviene...

LA TRINI.— ¿Y yo qué? *(Nadie parece hacerla caso.)*

(El PICHÍ bebe un refresco con la MARGOT y por fin la MARLÉN baila el chotís con el RANDA. La pobre TRINI se sienta, coge una revista y empieza a mirar fotos. De pronto entra un tipo con un par de copas de más, muy feote él y con ganas de armarla. Mira con desprecio a las parejas que bailan y se acerca a la TRINI.)

EL CURDA.— ¿Me pueo asentar aquí, señorita? Amos, quieo decir si no es molestia...

LA TRINI.— Pa eso está la silla...

EL CURDA.— Pero qué amable... ¡Y qué ojazos...!

LA TRINI.— Pero sin arrimarse, que el vino me marea...

EL CURDA.— ¿Vino? Cazalla, niña, cazalla e la sierra...

LA TRINI.— Lo que sea...

EL CURDA.— Aquí tos estos vagos dándose el bailete y ahí enfrente a tiros los leales a la República...

LA TRINI.— (*Sin hacer caso.*) ¡Que no me se arrime, hombre...!

EL CURDA.— Desimule. Decía que... (*Mirando la revista que hojea la TRINI.*)

Pos usté tie unos ojazos que los de esa china son na comparaos...

LA TRINI.— (*Divertida.*) ¡Ay, qué gracia! Pero si es la Yoan Cránfor...

EL CURDA.— Pos usté vale más que ella...

LA TRINI.— (*Cerrando la revista.*) Bueno, pos si está usté por apretar tanto, vamos a bailar, ¿no?

EL CURDA.— Eso sí que no...

LA TRINI.— ¡Pero bueno...!

EL CURDA.— ¿Le paece a usté bien, compañera, que toos estos vagos estén aquí dándose el lote mientras los compañeros se la juegan ahí en Usera con los del Orden? Yo he entrao a azvertirlo...

LA TRINI.— Pos ya se pue ir por donde ha venío... ¿No te fastidias?

EL CURDA.— ¿Le paece a usté tamién tie... su importancia... (*Ha terminado el chotis y se acercan todos.*)

EL PICHÍ.— ¿Qué pasa?

LA TRINI.— (*Al PICHÍ.*) ¡Bendito sea Dios, me libráis de un pelma...!

EL CURDA.— Pos pasa que mientras vosotros estáis aquí desfrutando, ahí enfrente, en Usera, se está dando la gran batía...

PICHÍ.— ¡Andá, pues vaya novedá, y cuando no es pascua...!

EL CURDA.— Y que no habemos puesto la República pa que s'aprovechen cuatro vagos.

EL RANDA.— (*Mientras el PICHÍ lanza una carcajada.*) Bueno, sin insultar, ¿eh?

EL CURDA.— La verdad verdadera...

EL RANDA.— No te parto la boquita porque ties unas copas de más y eso me da respeto...

MARGOT.— ¡Anda, pos vaya pelma!; ahora que se estaba poniendo el baile en condiciones.

LA MARLÉN.— Pa ti sobre too, ¡abusona...!

MARGOT.— ¡Que no es mi santo, niña...!

LA MARLÉN.— ¡Ni el mío, que lo fue el viernes pasao...!

PICHI.— (*Dando unas palmadas.*) ¡Venga ya, músicas y menos cinematógrafo...!

EL CURDA.— (*Que ha retrocedido un poco pero sigue desafiando al RANDA.*)
¿A mí me vas a partir la boca? Tú no partes ni el Pocholo...

LA MARLÉN.— No te líes...

EL RANDA.— A tortas me voy a liar. Na más que eso...

EL CURDA.— (*Muy desafiante ahora.*) Que seas capaz de choricear un reló Longines a las doce del día, pase; pero de partir la boca...

EL RANDA.— (*Remangándose.*) Te lo voy a demostrar, hombre...

LA MARLÉN.— (*Sujetándole.*) Pero ¿es que vas a dar la noche?

EL CURDA.— (*Que se ha escabullido, sale gritando.*) ¡Fascistas!, ¡Fascistas...!

EL PICHI.— ¡Ay, qué tío que la ha cogío política...!

EL RANDA.— (*Volviéndose junto a la MARLÉN satisfecho de la huida del CURDA.*)
Me ha evitao un trabajo y no me he hecho daño en la mano...

LA MARLÉN.— Eres un sol. Vales más que muchos que pasean por ahí...

MARGOT.— (*Que ha cogido la indirecta.*) ¡Pichi, cómo van desesperás detrás de ti...!

LA TRINI.— Vaya noche que me estáis dando entre todos. ¡Yo me marchó...!

PICHI.— Pero, bueno, ¿y esa música?

VOZ DESDE FUERA.— Ya no hay más músicas, que son las tres...

(Voces malhumoradas en el cansancio deprimente de la madrugada, mientras se van apagando las luces.)

EL RANDA.— Pos ahora me se antoja a mí bailar el pasodoble de Joselito...

LA MARLÉN.— Pos como si quieres bailar el de Belmonte...

LA TRINI.— (*Que ha ido hasta la puerta y vuelve.*) No salgáis ahora, que hay jaleo...

EL RANDA.— ¿Pasa algo?

LA TRINI.— Los del Asalto están dando palos y se oyen tiros...

EL RANDA.— Lo que yo digo: que siga el baile... ¡Adentro, adentro...!

PICHI.— ¡Pos vaya lata tamién con la política! No pasa día sin festejo...

MARGOT.— Sí, chico, qué aburrimiento...

PICHI.— Porque ca cosa a su hora, ¿no? Si se ha de luchar, se lucha, y si se ha de divertir, uno se divierte...

UNA VOZ CHUNGONA.— El caso es no trabajar...

PICHI.— ¡Naturaca...!

MARGOT.— *(Echándole el brazo por el cuello.)* No me abandones, que me pierdo...

UNA VOZ QUE GRITA DESDE FUERA.— ¡Tu padre!..., Pichi!..., ¡tu padre...!

LA MARLÉN.— ¿Qué pasa? El susto que me ha dao el tío...

LA TRINI.— Es el curda...

EL RANDA.— ¡La madre que lo parió...!

VOZ DESDE FUERA.— ¡Tu padre, Pichi!..., tu padre...!

EL RANDA.— *(Al Pichi.)* Te quie provocar... ¿Salgo y le hago la solriza?

LA TRINI.— Podía ser yo guardia de Asalto y lo ondulaba, pero a la permanent...

VOZ.— ¡Pero Pichi!..., ¡tu padre!..., ¡Pichi...!

PICHI.— *(Gritando para afuera.)* ¡La tuya, so ladrón! ¡Chorizo, cavernícola...!

VOZ.— *(Ahora fuerte.)* ¡Que están matando a tu padre, Pichi!... ¡Que lo matan...!

(Gran conmoción. Nerviosismo.)

PICHI.— ¿Qué dice?

LA MARLÉN.— ¡Si está borracho...!

EL RANDA.— Le tapo la boca...

(El Pichi ha corrido hacia la puerta y observa. Se oye gran ruido.)

VOZ DESDE FUERA.— Pero ¿qué hijo es ése que no sale a defender a su padre...?

VOZ DEL SEÑOR FELIPE.— ¡Me basto solo!... ¡Dejarme solo!... *(Chillidos. El Pichi sale a escape, mientras los demás se mantienen prudentes. El Pichi ha lanzado aquella voz tan frecuente en los melodramas: «¡Padreee...!».*
Y un negro presagio se lee en todos los rostros.)

MOMENTO OCTAVO

Julio de 1936. Días después de la muerte del FELIPE. En el patio de la calle Ministriles, sentados a la fresca, están la MARI-PEPA, enlutada, avejentada y derrotada, meciendo en los brazos a una criaturita. A su lado, balanceándose en la silla vestido con traje blanco, aunque sin corbata y abanicándose con el sombrero, el JULIÁN. De lejos llega aquel pregón: «¡Fresquitaaa... horchataaa...!». Se oyen músicas radiofónicas que casi al unísono repiten una copla de moda: «Mari-Cruz», que alterna con «María de la O».

MARI-PEPA.— ¡Te digo que...!

JULIÁN.— No hay otro remedio, chica. Paciencia...

MARI-PEPA.— Lo que es eso...

JULIÁN.— Too se arreglará...

MARI-PEPA.— (*Limpiándose una lágrima.*) Sí, sí..., lo que es a mi Felipe no le van a devolver la vía, por mucho que se arregle too...

JULIÁN.— Mujer, yo comprendo...

MARI-PEPA.— Lo que es a mí la República m'ha traído más desgracias que toas las monarquías juntas...

JULIÁN.— ¡Mujer...!

MARI-PEPA.— M'ha dejao viuda y con un niño que... más vale no hablar...

JULIÁN.— Mujer, tampoco es pa que te lo tomes así...

MARI-PEPA.— Ya ves tú, el Pichi, quién lo había de decir. Tan formal y tan buen hijo cuando trabajaba en el Palas. Y de pronto, ¡hale! Él disfrutando en los cabaretes, mientras su padre por exaltao, porque era un exaltao, se dejaba matar por cuatro pistoleros...

JULIÁN.— No, mujer, que no era exaltao...

MARI-PEPA.— Pos no sé qué era. ¡Amos, que dejarse matar pa que cuatro sinvergüenzas sigan viviendo a gusto...!

JULIÁN.— Que no es así mujer. ¿Cómo quies que te lo diga?

MARI-PEPA.— A mí no me ties que decir na, que yo no me chupo el deo. El Felipe, que en gloria esté, que era mu güeno, pero mu bruto el pobre, se dejó estafar, así, estafar, por cuatro sinvergüenzas, que me callo...

JULIÁN.— ¡Es que si te pones así...!

MARI-PEPA.— ¡Y pa que te enteres de una vez: a mí la República, maldita sea la..., no m'ha traío más que desgracias y desgracias y desgracias...! (*Lloriqueante.*) Amos que... Si tú lo sabes, que al día siguiente se murió de pulmonía el pobre Serafín; ¿no te acuerdas? Que se quedó tieso aquí mismo. Luego, mi niño, el Pichi, que parecía una mosca muerta y ya ves tú, arrastrao por toas las pindongas del barrio, y con este fruto (*Muestra el envoltorio del niño.*) que me larga por si tengo pocas penas. Y lo peor..., ¡mi Felipe...!

JULIÁN.— Mujer, ties que serenarte...

MARI-PEPA.— ¡No necesito consejos...!

JULIÁN.— Y por eso no has de echar la culpa a la República...

MARI-PEPA.— ¡Si te parece!... Mía si no reventaran tos los políticos.

JULIÁN.— En toas las revoluciones hay siempre aprovechaos.

MARI-PEPA.— ¡Como tú... !

JULIÁN.— ¡Oye, oye, oye...!

MARI-PEPA.— ¡Ni oye, ni na! Tú como los otros, y los otros, como tú... Aprovechaos na más; aprovechándoos de otros pa que sus saquen las castañas del fuego...

JULIÁN.— ¡Que me estás ofendiendo, Mari-Pepa...!

MARI-PEPA.— ¡Pos te lo tomas con... seltz! Ya lo sabes, vosotros mu bien arre-pantingaos, con vuestras casas y vuestros automóviles y aprovechándoos de cuatro desgraciaos como el Felipe... Mira, Julián, no me hagas hablar, no me hagas hablar... (*Al niño.*) Calla, nene, calla, toma... (*Le mete el chupete en la boca.*)

JULIÁN.— (*Levantándose.*) Es que no se pue hablar contigo...

MARI-PEPA.— Demasiá pacencia estoy teniendo...

JULIÁN.— Pa mí ha sío como si hubiá muerto mi hermano. Ya lo sabes...

MARI-PEPA.— No quisiá yo saber tanto...

JULIÁN.— Estás ofendiendo su memoria...

MARI-PEPA.— Eso antes, antes...

JULIÁN.— Y si yo estoy aquí es porque no te abandonaré mientras viva, y no te ha de faltar de na...

MARI-PEPA.— ¿Pos sabes lo que te digo, Julián? Que yo no necesito pa na de ti, mientras Dios, sí, Dios, me conserve saluz pa trabajar. No necesito na de ti, ni de nadie. ¡Conque...!

JULIÁN.— Tú sí que estás exaltada...

MARI-PEPA.— Pos si estoy, lo que sé... Pero tu ayuda te la pues meter aonde te coja. Que menda, la hija e su madre, se basta y se sobra pa salir adelante y criar a los hijos de otro, como éste. Y porque ya no tengo años pa eso, que si no me metía a puta antes de coger un cochino céntimo de vuestra mano...

JULIÁN.— ¡Pero bueno...!

MARI-PEPA.— ¡Ni bueno, ni malo! Te lo tomas como quieras, con seltz o solo. Eso antes, antes. A mí me mataron un hijo en Melilla y vosotros me habéis matao al marío; ¿qué quieres?, ¿que yo ahora te dé las gracias por tu ayuda? ¿Mientras vosotros estáis hechos unos señorones? Mira, Julián, haz el favor de dejarme tranquila y vete a la Casa e Pueblo, o adonde tengas que ir, que... *(Llora.)*

JULIÁN.— Eres injusta, Mari-Pepa. De verdá. Y no hay manera...

MARI-PEPA.— Y que ya está too hablao: amos; que no quieo na de ti, ni de los tuyos. ¿Está claro, o no?

JULIÁN.— Bueno, mujer, bueno... Ya hablaré yo con el Pichi...

MARI-PEPA.— Por mí pues hablar con el Pichi, otro sinvergüenza, capaz de sacarte los cuartos; pero como yo me entere, te juro que le mando a acompañar a su hermano y a su padre, que en paz descansan. Y... *(Se detiene.)* ¡no me hagas barbarizar, Julián...!

JULIÁN.— Bueno, bueno, me voy, porque no hay quien hable contigo...

MARI-PEPA.— ¡Pos abur!..., ¡o saluz, como se dice ahora...!

JULIÁN.— Estás excitada y es natural. Pero yo confío en que te calmes...

MARI-PEPA.— Bien calmá estoy...

JULIÁN.— Porque yo no te deajo abandoná...

MARI-PEPA.— Ahora te haces el caballero...

JULIÁN.— Bueno... Me voy... *(Va a hacer mutis.)*

MARI-PEPA.— Oye..., y si ves a ese hijo de puta, el Pichi, haces el favor de decirle que no s'acerque por aquí, porque le desgracio. ¿Te enteras?

(Se oye una especie de silbido del JULIÁN. La MARI-PEPA se queda sola. Se limpia las lágrimas. Mece a la criatura y grita hacia el fondo del patio.)

MARI-PEPA.— ¡Margot, chica, ya pues salir...!

(Aparece la MARGOT. Muy demacrada y triste.)

MARGOT.— ¿Ya se ha marchao?

MARI-PEPA.— *(Muy seria.)* Ya... ¡Toma a tu crío!... *(La MARGOT lo coge.)*

MARGOT.— Hace un calor...

MARI-PEPA.— Pos t'abanicas...

(Pausa tensa.)

MARGOT.— *(Acunando en los brazos al niño, rompe a llorar.)* ¡Ay, qué desgraciá soy...!

MARI-PEPA.— *(Cogiéndola de nuevo al niño.)* Trae acá... Llor a tus anchas. Que lloras más que la Llorona.

MARGOT.— ¡Si es que no pueo más...!

MARI-PEPA.— Pos ya habrás oío lo que le tengo dicho. Que por aquí no aparezca ese sinvergüenza e maleante, porque te lo desgracio como me llamo Mari-Pepa...

MARGOT.— ¡Ay, usté tamién...!

MARI-PEPA.— Aquí no entra ese parásito, vago, indecente, mientras yo viva. Ya lo sabes. Cuando me muera hacéis lo que queráis. Pero mientras yo viva, ¡huy!..., lo que es eso... Y tú ya sabes, si quieres te vas con él, a pender, a que te siga dando buenos pies de paliza y te engañe con otras; pero esta criaturita no sale de aquí, amos que no sale de aquí... ¡Que antes lo estrello la cabeza contra la paré!

MARGOT.— *(Llorando con la cara sobre la pared.)* ¡Ay, cállese usté, cállese...!

MARI-PEPA.— ¡Cállese, cállese! Golfantes tos, aprovechaos. ¡Hipócritas toos, jesuitas, que parecéis al Pae Laburu...! *(Apagón.)*

MOMENTO NOVENO

El 18 de Julio de 1936. En el patio de la calle Ministriles, la MARI-PEPA, está tendiendo ropa, mayormente pañales de niño. A la baranda del piso de arriba se asoma aquella vecina que cuando la proclamación de la República ironizaba sobre ella. La MARI-PEPA parece muy desentendida de todo.

VECINA.— *(Desde arriba.)* Pos es verdá, ¿sabe usted? Que se oyen «pacos».

MARI-PEPA.— Lo que es yo, no estoy pa pacos, ni pa pacas, con lo que tengo que hacer.

VECINA.— Y que icen que hay güelga. El arradio lo ha dicho...

MARI-PEPA.— Pa saber que tie usted radio no hace falta que lo diga, que bastante se la oye, precisamente a la hora la siesta...

VECINA.— Jesús, hija, y qué delicás sos habéis vuelto...

MARI-PEPA.— *(Masculla algo que no se entiende por sostener las pinzas de la ropa en la boca.)* ... ¡Tanta leñe, ya...!

VECINA.— Mía tú qué delicá. Dende que su nuera, u lo que sea, lleva kimono y se pasea por el patio pa que la miren...

MARI-PEPA.— Bueno, ya está bien. Si quie usted tirarme de la lengua, se la tira a su marío, que yo nanay...

VECINA.— Me paece que nos amos a llevar mu mal; pero que mu mal...

(Entra ahora la MARGOT, que viene efectivamente vestida con kimono y un capacho con la compra. Viene muy sofocada.)

MARGOT.— (*Entrando apresurada.*) ¡Huy, madre, creí que no llegaba...! Han tirao bombas, están quemando la iglesia San Cayetano... ¡Madre, qué susto...!

MARI-PEPA.— Pero chica...

MARGOT.— No hay pan. Una cola enorme. La leche no la he traío, porque está cerrado, que hay huelga. Y tiros. No salga usted, no salga usted. ¿Aónde está el niño?

MARI-PEPA.— Pos hija, lo que nos faltaba pa redondear el duro...

VECINA.— (*Arriba.*) Están quemando la iglesia San Cayetano. Salen chispas...

UNA VOZ.— ¡Y San Isidro...!

MARI-PEPA.— ... ¡Dito sea Dios!... ¡dito sea Dios...! (*La MARGOT, que ha entrado por el niño, sale meciéndolo.*)

MARGOT.— Mi niño, sobre to mi niño...

MARI-PEPA.— Métete dentro, mujer. No te preocupes, que aunque el niño no tenga padre nos bastamos solas. ¡Su padre! Seguro que es de los que están quemando San Cayetano, ateo, sinvergüenza...

MARGOT.— ¡Ay, cálese...!

MARI-PEPA.— Y quítate eso, mujer, y ponte otra cosa...

MARGOT.— ¿El qué?

MARI-PEPA.— El comono ese o como se llame...

MARGOT.— Qué manía. ¿Y qué me voy a poner?

MARI-PEPA.— No, si luego dicen, menúo Ciempozuelos. El caso es no tener un día tranquilo... Mujer, métete dentro. No salgas, ya iré yo por lo que haga falta...

MARGOT.— Espere usted a ver si pasa...

MARI-PEPA.— Lo de octubre no va a ser na, comparao... Al menos, a ver si poemos coger pan...

MARGOT.— (*Aterrorizada.*) Figúrese. San Cayetano ardiendo...

MARI-PEPA.— Pero ¿es verdá? Pero ¿serán capaces de hacer esa barbaridá? Madre mía, pensar que una está bautizá y casá en esa Iglesia. ¡Bárbaros...!

MARGOT.— Yo no sé qué hacer...

MARI-PEPA.— Y como tenemos hombre en la casa por la otra punta... Mi pobre Felipe, qué bien ha hecho en morirse...

(Y en ese momento, repentinamente, sin encomendarse a Dios ni al diablo, el PÍCHI que entra, con una escopeta, vestido con mono y se dirige a las aleladas mujeres.)

PICHI.— ¡Madre!, ¡Margot!... *(Y se lanza a abrazarlas y besarlas. Ellas, que no esperaban semejante cosa, se dejan besar e incluso colaboran.)*

MARI-PEPA.— ¡Hijo e mi vida...!

MARGOT.— ¡Pichi e mi alma...!

PICHI.— *(Mientras las abraza y besa.)* No moverse de aquí, no preocuparse de na, que too se va a arreglar. ¿Y el chavalín? Trae acá. Qué cosa más mona... *(Le hace carantoñas. Se saca del gran bolsillo del mono una libreta de pan.)* Tomar, pan. Y un bote de leche, pal chaval, que ya sus traeré más. Y no moverse de aquí, pa na. Que ya vuelvo...

MARI-PEPA.— Pero ¿qué pasa? ¿Aónde vas?

MARGOT.— ¡Chiquillo...!

PICHI.— *(Dando dinero a la MARGOT.)* Tomar dinero pa si sus hace falta; pero que yo vuelvo...

MARI-PEPA.— Pero ¿qué pasa?

MARGOT.— Yo me voy contigo...

PICHI.— Tú aquí. Yo vuelvo. ¡Saluz...!

(MARI-PEPA coge por la manga al PICHI y lo sujeta.)

MARI-PEPA.— Pero, bueno, ¿es que te crees que te vas a ir así de rositas? Pero ¿a ti te paece bien?...

PICHI.— ¡Madre, déjeme usted, que me está esperando el comité...!

MARI-PEPA.— ¿El comi...?

MARGOT.— Yo me voy contigo. *(Entregando el niño a la MARI-PEPA, que lo coge como sonámbula.)* Tenga usted, que me voy...

MARI-PEPA.— Pero ¿aónde vas a ir con esa facha?

VOZ AGUARDENTOSA QUE SUENA POR EL ZAGUÁN DEL PATIO.— ¡Pichiii!..., ¡venga ya, joer, que te estamos esperando...!

MARGOT.— *(Sujetando ahora al PICHI.)* Llévame contigo...

PICHI.— ¡Pero chica, si es cosa de tiros...!

MARGOT.— *(Intentando quitarse el kimono a la vista de todos.)* Lo que sea de ti que sea de mí...

MARI-PEPA.— Pero, so zorra, ¿te vas a desnudar aquí? *(La MARGOT da un grito y arrastra al PICHI hacia dentro, hacia la vivienda.)*

PICHI.— *(Dejándose arrastrar.)* Pero chica, el comité...

(La MARI-PEPA se queda sola en el patio, con la criatura que llora y sin saber qué hacer.)

MARI-PEPA.— Pero ¿habrase visto? ¡Amos que...! *(Reaccionando.)* Pero, güeno, ¿qué va a ser esto? ¡Pero qué hijo tie una, y qué nuera y qué...!

VOZ FUERA.— ¡Pero Pichiii...!

MARI-PEPA.— *(Gritando.)* ¡Mierda pa usté y pal Pichi...!

(Se abre de nuevo la puerta de la vivienda y reaparece el PICHÍ y la MARGOT, que se ha vestido con el antiguo pantalón peto de su hombre y es ya la auténtica miliciana.)

PICHÍ.— Me la llevo, pa no matarla...

MARGOT.— Abur, madre y cuide bien al niño. *(La da dos besos en las mejillas y sale corriendo del brazo del PICHÍ.)*

PICHÍ.— *(Gritando a los de fuera.)* ¡Ya vamos, compañeros. Ya vamos...!

MARI-PEPA.— *(Corriendo un poco tras ellos y tropezando con el cubo de ropa que estaba tendiendo.)* Pero ¿aónde váis, si pue saberseee?

VECINA.— *(Arriba con sorna.)* Pos a quemar iglesias, ¿aónde van a ir?

MARI-PEPA.— *(Volviéndose con furia.)* A usté, tía cochina, a usté es a la que había que quemar...

VECINA.— ¡Menos lobos, menos lobos...!

MARI-PEPA.— La lengua, la tenían que quemar...

(Ya iba la cosa a agravarse cuando se desliza una sombra en el patio. Es el JULIÁN, ojeroso, pálido, fugitivo, que se planta ante la MARI-PEPA.)

MARI-PEPA.— ¡Jesús!... Julián..., ¿qué te pasa ?

JULIÁN.— *(Con un hilo de voz.)* Ya te explicaré. Me ties que ayudar...

MARI-PEPA.— Pero ¿qué pasa? Ven p'acá... *(Lleva aparte a JULIÁN para quitarle de la vista de la tarasca de arriba.)* ¿Pasa algo?

JULIÁN.— Me persiguen, mujer, me han quitao el negocio. Escóndeme, si puedes...

MARI-PEPA.— *(Abriendo la puerta de la vivienda.)* Pasa, pasa..., ¡dito sea Dios! *(El JULIÁN ha entrado, y antes de hacerlo ella se vuelve para arriba y dice:)* Fisgona, cotilla... ¡ahh!... *(Saca la lengua y se mete en su casa dando un portazo.)*

MOMENTO DÉCIMO

Después de un bullicio de canciones, himnos, disparos bélicos, bombas de aviación, entremezclados esloganes revolucionarios, que se «pisan» unos a otros, se oyen las frases del himno triunfante, que dice nítidamente: «volverá a reír la primavera...»

Una calle del Madrid antiguo, en los años cuarenta. Un día frío invernal. Una viejecita arrugada se acurruca en el quicio de un portal. Lleva en la mano una caja de Farias llena de cigarrillos diversos.

MARI-PEPA.— *(Voceando con un hilo de voz.)* ¡Tabaco!... ¡Tabaco rubio y negro!... ¡Tabaco... *(Pausa.)* Tabaco..., tabaco rubio y negro...!

UN MUCHACHO.— *(Se detiene ante la vieja.)* ¿Tie tabaco rubio?

MARI-PEPA.— Sí, señor...

MUCHACHO.— ¿Americam?

MARI-PEPA.— ¿Cómo?

MUCHACHO.— Americano.

MARI-PEPA.— Tengo de éste, Bambi. A peseta el par...

MUCHACHO.— Joolines...

MARI-PEPA.— Y de éste a tres reales el pitillo...

MUCHACHO.— ¿Los Ideales a cómo?

MARI-PEPA.— Tres una peseta...

MUCHACHO.— *(Enfurecido.)* Mía si no fusilaran a tos los estraperlistas... ¡Una peseta, tres...! *(Se aleja.)*

MARI-PEPA.— *(Con un gesto de indiferencia.)* ¡Tabaco, tabaco rubio y negro..., tabaco...!

VOZ LEJANA.— Barras..., tengo barras...

MARI-PEPA.— Tabaco, tabaco negro, tabaco... *(Se sincronizan durante un tiempo los dos pregones. Alejado uno, cercano el otro.)*

(Se oye el frenazo de un coche y un soberbio «haiga» de la época se detiene ante la misma MARI-PEPA, que asustada cubre con su delantal la caja de tabaco y se dispone a huir. Del coche ha descendido un chófer uniformado que abre la puertecilla a un anciano prepotente y orondo.)

JULIÁN.— *(Que es el pájaro en cuestión.)* ¡Mari-Pepa, mujer!..., no corras, que soy yo...

MARI-PEPA.— *(Que ya se iba.)* ¿Tú?

JULIÁN.— *(Acercándose y dándole un beso en la mejilla.)* Lo difícil que es dar contigo...

MARI-PEPA.— *(Temblando entre los brazos de JULIÁN.)* ¿Quién te ha dicho dónde estaba?

JULIÁN.— Un pajarito...

MARI-PEPA.— Sí, menudo pajarito..., no me digas... *(Pregonando.)* ¡Tabaco, tabaco rubio...!

(El CHÓFER se pasea arriba y abajo.)

JULIÁN.— ¿Ahora te dedicas a esto?

MARI-PEPA.— *(Dándole una caja de cigarrillos.)* Toma..., un regalo...

JULIÁN.— Toa tu vía serás la Revoltosa...

MARI-PEPA.— Era, hijo, era...

JULIÁN.— Bueno, vente conmigo, que tenemos que hablar...

MARI-PEPA.— ¿Contigo? ¿Adónde?

JULIÁN.— A dar un paseíto...

MARI-PEPA.— ¿Un paseíto? No me hables de paseítos...

JULIÁN.— Gracias a ti no me lo dieron de verdad...

MARI-PEPA.— Ni me acuerdo. Ni me quiero acordar...

JULIÁN.— Sigues tan cabezota como siempre...

MARI-PEPA.— Contra más vieja...

JULIÁN.— Y siempre escondiéndote...

MARI-PEPA.— Viviendo mi vida, hijo... ¿Y tu mujer? ¿Y la niña?

JULIÁN.— Tirando...

MARI-PEPA.— Y prosperando...

JULIÁN.— Rehaciéndome...

MARI-PEPA.— No te mata a ti ni el sarampión...

JULIÁN.— Si no es por ti, ahora criaba malvas...

MARI-PEPA.— Por mí, no. Porque una es hija del pueblo y porque tos mis hijos
y mi marío dieron su sangre pa que tú vivieras...

JULIÁN.— Malditas sean las guerras y quien las inventó...

MARI-PEPA.— Ca cual habla de la feria según le va en ella...

JULIÁN.— Tú has llevao la peor parte...

MARI-PEPA.— Gracias a mi nieto vivo...

JULIÁN.— Pues ahí está. De eso quería hablarte...

MARI-PEPA.— ¿De mi nieto?

JULIÁN.— Vente conmigo y hablaremos...

MARI-PEPA.— Contigo no voy... ni a la puerta e la calle. Ya lo sabes.

JULIÁN.— Pues yo bien que te busco...

MARI-PEPA.— Y siempre me encontrarás cuando necesites lo que sea. Y ya lo
sabes...

JULIÁN.— (*Enternecido.*) Mari-Pepa, Mari-Pepa..., no sé qué decirte...

MARI-PEPA.— Déjate de zalamerías, que ya sabes que conmigo no valen... Si
quieres algo, desembucha, que hace frío y tengo ganas de irme pal catre.
Y mira lo que tengo que vender aún.

JULIÁN.— De tu nieto quería hablarte. Ya sabes que he hablao con él...

MARI-PEPA.— Lo sé...

JULIÁN.— Quiero pagarle los estudios, quiero hacerle un hombre, quiero que
sea como mi hijo...

MARI-PEPA.— Pero no lo es...

JULIÁN.— No lo es. Ya lo sé...

MARI-PEPA.— ¿Y qué?

JULIÁN.— Quiero que el pobre muchacho tenga la suerte que no tuvieron los
suyos...

MARI-PEPA.— Basta con que no le déis malos ejemplos...

JULIÁN.— Bueno..., ya sabes..., el chico está conforme...

MARI-PEPA.— Si él está conforme...

JULIÁN.— Pero tú eres su agüela... Bueno, su madre...

MARI-PEPA.— Y su padre y too... Ya os encargasteis vosotros de dejarle bien huérfano...

JULIÁN.— Nosotros... Yo, ¿qué culpa tengo?

MARI-PEPA.— De eso más vale no hablar...

JULIÁN.— Pero yo no quiero que te quedes sola...

MARI-PEPA.— Ni yo tampoco quisiera estar sola... (*Su voz desfallece.*)

JULIÁN.— ¿Por qué no te vienes con nosotros? No te faltará de nada...

MARI-PEPA.— Contigo, con vosotros... ni a la puerta e la calle. Yo aquí, en mi barrio, en mi casa. En lo mío, en lo que me queda, en lo que nos queda. Hasta el fin. Adiós, Julián...

JULIÁN.— Mari-Pepa...

MARI-PEPA.— Julián...

JULIÁN.— ¿Querrás ver a tu nieto, de vez en cuando?

MARI-PEPA.— ¿De vez en cuando? ¿De vez en cuando?

JULIÁN.— El no te olvidará nunca. De eso puedes estar segura...

MARI-PEPA.— Ya ves que no te lo disputo, Julián. El chico debe crecer, y debe vivir, y debe olvidar, también. Dile que me olvide. Que me olvide. Que se olvide de todo.

JULIÁN.— Eso sí que es imposible...

MARI-PEPA.— La juventud se cree con fuerza y ese chico ha sufrido mucho, aunque no es más que un niño. Con tal de que no pase lo que pasó su padre y su agüelo... Hazle que se olvide, Julián, que se olvide...

JULIÁN.— (*Abrazando a la MARI-PEPA.*) ¿Cómo ha de olvidarse? ¿Quién puede olvidarse de todo..., de todo esto..., de estas calles..., de estas casas..., de este corazón de hombre que es nuestro Madrid, Mari-Pepa. ¿Quién?

MARI-PEPA.— No lo sé. Déjame, Julián. Tengo que terminar el género. Fúmate esos cigarrillos y que seas feliz. Yo aquí me quedo y de aquí no me muevo...

JULIÁN.— (*Ante la absoluta resolución de MARI-PEPA.*) Adiós, gran mujer... (*Antes de entrar en el coche.*) Adiós, Revoltosa...

MARI-PEPA.— Adiós, Julián... (*Se oye el arranque del coche. La MARI-PEPA queda erguida, apoyada en el quicio, transida. Con voz grave vuelve a su pregón apenas rasgado por una última nota de dolor.*) ¡Tabaco!... ¡Tabaco!... ¡Tabaco rubio y negro!... ¡Tabaco!...

(*Telón.*)